

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MES.	TRIMESTRA
En Madrid.....	10 rs.	30 rs.
En Provincias.....	12	34
En el Extranjero.....	24	70
En las Antillas.....		90
En Filipinas.....		100

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Miércoles 26 de Julio de 1871.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Vistación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, ó por medio de litranzas del Giro mútuo, ó sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, ó bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Belart y Alviñana, 20, rue Chaptal. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giros, se duplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

NUM. 446.

AÑO II.

CRONICA PARLAMENTARIA.

Por fin ayer se presentó en las Cámaras el nuevo ministerio formado por el Sr. Ruiz Zorrilla. Como no tenía el don de ubicuidad, no podía verificarse en ambas a la vez, así es que en el Senado solo se dio lectura de los decretos admitiendo la dimisión del gabinete del general Serrano y nombrando los nuevos ministros, acordando inmediatamente suspender la sesión para reanudarla a las nueve de la noche.

Todo el interés, por consiguiente, se reconcentró en la sesión del Congreso, la cual fué de la mayor importancia, pudiéndose este colegir de su duración, pues no se levantó hasta las ocho y media.

Sin ocuparnos del incidente que promovió el señor Figueras acerca del modo de conducirse el vicepresidente Sr. Martín Herrera en la última sesión, porque se limitó a referir lo que había ocurrido, censurando por ello al Sr. Herrera, y en nuestra crónica anterior ya consignamos el hecho haciendo las observaciones que nos parecieron oportunas, pasaremos a hacernos cargo del discurso del Sr. Ruiz Zorrilla, que fué, digámoslo así, el acontecimiento de la sesión; toda vez que, como era natural, constituía su programa de gobierno, a la vez que la exposición de las medidas trascendentales que se proponía llevar a cabo en todas las esferas.

La concurrencia de diputados era numerosa atendida la ausencia de Madrid de gran parte de ellos, y las tribunas estaban también por lo general henchidas, pues había gran curiosidad por ver un ministerio progresista, cosa considerada en el grado actual de ilustración como un absurdo, un mito, un anacronismo, un objeto raro; y además, por ver como era recibido por las fracciones desconciadas a quienes se ha despedido del banquete de la situación.

El Sr. Ruiz... es decir, el presidente del Consejo, ¡ya nos íbamos acostumbrando a llamarle así aunque al principio nos cueste trabajo! hizo la correspondiente presentación de sí propio y de sus demás compañeros diciendo que eran la flor y nata de la caballería andante, esto es, de los consecuentes y leales progresistas, que siempre habían militado en las filas de este antiguo partido. El señor Ruiz... el señor presidente del Consejo, pues, empezó por hacer un insigne agravio a la verdad y aun a la memoria de sus oyentes toda vez que entre los presentados alguno había cuyas vestiduras de progresista no tienen todavía las costuras raídas y que se puso bien colorado al oír las palabras recomendarías del jefe del nuevo gabinete: es claro, se acordaría de cuando fué individuo de otros ministerios y de los importantes puestos de confianza que ha desempeñado en varias administraciones moderadas.

Después de la presentación de ordenanza, el señor Ruiz Zorrilla entró en materia, declarando que el ministerio del general Serrano desapareció porque había en su seno dualismo de tendencias y entendiendo en elogios hiperbólicos del Sr. Sagasta, el cual seguramente no creará pagada con ellos la cesantía a que le ha dejado reducido el afán del señor Ruiz Zorrilla de desconciatar a los elementos revolucionarios para sentarse a la cabecera del banco ministerial.

Como quiera que sea, aunque estos elogios póstumos no compensan al Sr. Sagasta del sacrificio de una cartera a que tan fuertemente se había asido desde que los vientos de la revolución lo elevaron a las alturas del poder; es lo cierto que el austero ministro tuvo para él un rasgo de cortesía como lo había tenido el día anterior, aunque en otra forma, para el general Serrano.

Después de estos preliminares, ya el Sr. Ruiz Zorrilla se ocupó de su plan de gobierno.

Primer punto, Estado: Sobre este particular declaró que sostendría las más estrechas relaciones con Portugal y las demás potencias, y especialmente con las repúblicas americanas.

FOLLETIN.

EL DRAMA DE JONCHERE.

(Continuación.)

—Pero entonces, señorita, preguntó el conde, lo dejarán en libertad?

—Eso era lo que yo pedía; y es justo que así sea, porque no es culpable; pero el juez me contestó que no era posible porque no dependía solamente de él, sino de otros muchos, y por eso voy a buscar vuestro auxilio.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Yo espero que todo. Yo soy una niña y no conozco el mundo. Yo no sé lo que debéis hacer para que se le ponga en libertad; pero debéis existir medios y estos son los que vos, que sois padre, debéis buscar.

—Sí, respondió el conde; los buscaré y sin perder ni un instante.

Desde la prisión de Alberto el conde, tan activo de suyo, había caído en una especie de parálisis cerebral que le impedía conocer la magnitud de su desgracia. La voz de Clara resonó en sus oídos como la trompeta de la resurrección. Las tinieblas que le cercaban se disiparon y recobró la vivacidad y energía de su juventud.

—Vamos, dijo.

Pero de repente frunció el ceño entre triste y colérico.

—Pero ¿a dónde ir?añadió. ¿A qué puerta llamar? En otros tiempos iría a ver al rey, pero ahora ni el mismo emperador puede colocarse sobre la ley. Si le veo me contestará: Esperemos la resolución de los tribunales. Y Alberto cuenta los minutos con mortal angustia. Ciertamente que me haría justicia, pero el modo de proceder para obtenerla pronto es lo que ignora.

—Sin embargo, ensayemos: vamos a los jueces, a los generales, a los ministros; ¡quise yo! Llévame y yo hablaré, y ya vereis cómo lo conseguiremos.

Guerra: Sobre este se limitó a manifestar que el ejército y la armada eran dignos del aprecio por su amor a la revolución, y que con ambos contaba el gobierno para defender la patria y la libertad. Verdaderamente no se comprometió mucho con semejante declaración, ni transpiró en estas palabras el propósito que se le atribuye de civilizar la política, es decir, de acumular toda la influencia en ella en el elemento civil.

Fomento: Recordando que ha sido ministro de este ramo, y por un acto de cariño hacia él, pero olvidando que su paso por este departamento fué una verdadera calamidad para el país, prometió legislar sobre instrucción pública, sobre aguas y otros asuntos de gran interés, con lo cual dará, en su concepto, gran importancia al ministerio de Fomento, fundamentando en él la Hacienda del porvenir. ¡Dios le tenga de su santa mano!

Ultramar: Por lo que hace a este departamento, desearemos que cumpla puntualmente su programa. «Todo lo que allí dicen el ejército y los voluntarios, eso dice el gobierno.» Ni mas ni menos pedimos, sino que sean una verdad las palabras del Sr. Ruiz Zorrilla: que el gobierno diga lo que dicen allí el ejército y los voluntarios y que no se haga una política equívoca, como han hecho las anteriores situaciones revolucionarias.

Gracia y Justicia: Las declaraciones que hizo respecto a las medidas que pensaba adoptar en el departamento de Gracia y justicia fueron eminentemente revolucionarias y poco tranquilizadoras para el clero. Ofreció la codificación del derecho y el establecimiento del jurado, y aunque mostró deseos de mantener buenas relaciones con el clero español y la corte romana, no haciéndose defensor de la separación de la Iglesia y del Estado, según se suponía, no obstante dijo que llevaría adelante el matrimonio civil, establecería la secularización de los cementerios y castigaría el presupuesto del clero. ¡Pobre presupuesto! ¿Qué delito ha cometido para ser castigado? ¡Ah! es verdad, comete la falsedad de consignar una cantidad que no se paga.

Hacienda: Aseguró que así que se reanuden las sesiones presentará los presupuestos nivelados a toda costa aunque haya que atacar y lastimar derechos adquiridos.

Gobernación: Orden, orden, orden, sistema represivo y establecimiento de una buena policía. Estos son los principios que ofreció ayer el señor Ruiz Zorrilla desarrollar en los respectivos departamentos del gobierno, añadiendo la consabida y jamás creída manifestación del deseo de separar la administración de la política, y la promesa, tampoco recibida con gran confianza, de que respetará a los empleados probos, dignos e ilustrados, cuyas opiniones no se tendrán en cuenta para nada.

Escusado es decir que los que no tengan la cualidad de consecuentes liberales no tendrán ocasión de poder probar las demás, y que con esta sola basta para que se los suponga las de probidad ilustración y dignidad.

Para fin de su programa, el Sr. Ruiz Zorrilla declaró que sostenía cuanto dijo a bordo de la Villa de Madrid:

Muchas cosas dijo en aquellos célebres postres el flamante presidente del Consejo, y entre ellas, como recordarán nuestros lectores, en términos mas ó menos parecidos, que el rey por ellos elegido querria lo que ellos quisieran. No sabemos si el señor Ruiz Zorrilla incluírá esto en su programa de gobierno, pero es presumible habiendo declarado que sostenía cuanto había dicho a bordo de la Villa de Madrid.

Diffuso por demás estuvo el Sr. Ruiz Zorrilla en su discurso, y muy vago en ciertas cosas en que hubiera sido de desear gran claridad y precisión. Sin embargo, ya sabemos a qué se reducen los programas, y a los actos nos habremos de atener.

En dos puntos no dudamos, ni dudáramos aunque el Sr. Ruiz Zorrilla no hubiese estado tan concreto: en lo de castigar el presupuesto del clero, y

en lo de atacar los derechos creados para llegar a la nivelación del presupuesto.

En una palabra: creemos todo lo malo que encierra su programa: ni una palabra creemos, en cambio, de todo aquello que pueda redundar en bien del país. No nos hace hablar la pasión, sino una triste experiencia de los gobiernos revolucionarios.

Como se comprende, los diversos puntos que abrazó el discurso del Sr. Ruiz Zorrilla no son para examinados, ni aun ligeramente, en un artículo de crónica parlamentaria, y además la memoria pudiera sernos infiel y habernos hecho incurrir en algún error. Cuando obra en nuestro poder el extracto oficial de la sesión rectifiquemos si hemos cometido alguno, y tiempo tendremos de ocuparnos de las medidas que anunció el Sr. Ruiz Zorrilla, las cuales ofrecen materia para una larga serie de artículos.

Después del Sr. Ruiz Zorrilla hablaron como era consiguiente, los Sres. Serrano y Sagasta para dar las explicaciones respecto a la crisis que ya conocen nuestros lectores, pues les hemos tenido al corriente de lo sucedido en estos últimos agitados días. No hay que decir que uno y otro dirigieron intencionadas frases al principal autor de la desconciación, si bien manifestaron que prestarían su apoyo al gabinete.

Tras estas explicaciones y un breve speech del Sr. Topete para manifestar su extrañeza por unas crisis en su concepto sin objeto, y que entre los señores Sagasta y Malcampo y los Sres. Ruiz Zorrilla y Beranger prefería a los primeros, hicieron uso de la palabra los Sres. Ríos Rosas y Martos. El elocuente orador unionista demostró que el programa del Sr. Ruiz Zorrilla era impracticable, y anunció con franqueza que haría la oposición al gabinete, añadiendo que aunque la conciliación lo era solo en apariencia desde la noche de San José, no obstante era grave el destruírlo, y el que lo había verificado debía arrostrar la responsabilidad. Por lo que hace al Sr. Martos, se limitó a hacer una segunda edición del artículo que anteaer publicó el Imparcial con el epígrafe *ahí están los nuestros*. Como el Sr. Martos fué uno de los mas tenaces autores de la desconciación no puede quejarse de que no le haya tocado nada en el reparto aunque declaró con tiempo que era progresista; así es que ofreció al gabinete el apoyo de los cimbreros. ¡Gran apoyo! esta fracción es una mesa de tres pies que ofrece muy poca seguridad al que se apoye en ella.

De todos modos, quien no se contente es porque no quiere. Alguna diferencia hay ciertamente de decir *ahí están los nuestros*, a decir, *ahí estamos nosotros*; pero como suele decirse, «cuando no hay lomo de todo como.»

La sesión terminó leyendo una comunicación del gobierno pidiendo que se suspendieran las sesiones, y después de un breve debate así se acordó igualmente que en el Senado en la sesión de la noche.

Los representantes del país pueden ir a descansar de sus fatigas, ya que la nación no puede hacer lo que las que la ocasionan los gobiernos revolucionarios.

LA NUEVA SITUACION.

No seremos nosotros los que juzguemos la situación que acaba de crearse: recurriremos para ello a un testimonio que nadie podrá recusar: al mas ministerial de todos los periódicos hasta hace dos días y que ayer emprendió una ruda campaña defensiva contra otro periódico que parece aspiraba a arrebatarse su primacía en el ministerialismo: a *La Iberia*.

En su número correspondiente al 9 del corriente y atacando a los que se oponían a que continuara la conciliación, publicaba un artículo, que a modo de bandera triunfal, llevaba por epígrafe *La conciliación no se rompe; artículo del cual copiamos las siguientes líneas:*

«La voz de todos los partidos monárquico-liberales se ha levantado para contestar a la voz de una individualidad que por incomprensible causa clama contra la conciliación de dichos partidos, en buen hora realizada, en buen hora sostenida por la lealtad y espíritu revolucionario de todos sus hombres.

El Sr. Gasset y Artime, en un raptó de aquella soberbia independencia de que hacia alarde no ha muchos días durante la exposición de su plan de Hacienda, quiso, con efecto, mostrarse independiente, separándose de la revolución misma, a la cual es, sin embargo, tan afecto, colocándose en tan rara y singular posición, que nadie hubo de seguirle, ni siquiera tolerárelo con un silencio que pudiera darle la ilusión de haber acertado.

Y ayer mismo en *La Constitución*, órgano democrático cuyas afinidades con aquel señor son bien conocidas, apareció formulada la espesa protesta de adhesión a la idea conciliadora, como única en quien reside eficacia bastante para dar a la revolución arraigo y seguridad.

«Hay toda ilusión queda desvanecida: la conciliación vive, pero tan fuerte como en los primeros momentos de formada. Los hombres que con liberal y patriótico objeto dieron en iniciarla y supieron hasta aquí sostenerla, no han reformado un punto el concepto de su necesidad, ni perdido un ápice de la resolución que les anima. La conciliación vive, y por consecuencia bien podemos añadir que viven y vivirán todas las instituciones y conquistas que debe España a la revolución de Setiembre.»

En el número del día 11 se expresaba en estos términos:

«Hay que la prensa toda disiente con mas ó menos pasión si ha llegado o no el momento en que los partidos conciliados para realizar y sostener el alzamiento nacional revolucionario se agrupen cada cual bajo la bandera de sus principios, separándose de los demás; hoy que, con mas apasionamiento que *sangre fría*, algunos hombres que creemos sinceramente revolucionarios, pero *alucinados sin duda por ideas ó propósitos que no nos merecemos a investigar*, pretenden con su palabra ser la piedra de toque que divida al gran partido liberal de España, y hoy que los comentarios y los artículos y las conversaciones todas se basan y se refieren a esa cuestión palpitante, promovida por un diputado de la mayoría, nosotros...

No creamos que en contrario a nosotros piensan en esta cuestión que al espasmos como hoy lo hacemos nos guía un deseo de que las conciliaciones sean en nuestra patria las que se sucedan en el poder; no, y mil veces no: nosotros queremos la separación amistosa de los partidos que a la obra de la revolución han contribuido; nosotros queremos que los partidos radical y conservador del glorioso alzamiento se separen y se robustezcan, pero cuando llegue la hora oportuna para hacerlo, cuando llegue el momento en que esto pueda suceder, de ninguna manera hoy, que la división no reportaría a nuestra política otra cosa que hacer de un partido fuerte dos incompletos, y de una situación apoyada por toda la opinión pública de un país un gobierno sostenido por un partido político que, aunque capaz de luchar con las oposiciones, tendría al propio tiempo que obrar y plantear las medidas que lleva en su bandera.

El país, hoy mas que nunca, debe permanecer unido: unidas todas las clases sociales, cualquier conflicto que pudiera surgir, su conjuración inmediata no es empresa difícil; separados los elementos de la revolución, el conflicto se conjurará enérgica é inmediatamente, pero tal vez hiciera preciso que se conjurasen de nuevo los amigos de lo existente, es decir, que se hiciera segunda vez lo que hoy tenemos hecho, y lo que no hay una necesidad absoluta de romper.

En la fruición con que en el campo enemigo se recibe la menor probabilidad de división, se puede tener la prueba de que ese es el momento que aguardan para lanzarse a nuestras trincheras; en el aplauso con que carlistas y federales, montpensieristas y moderados han acogido los esfuerzos de los que quieren el destino inmediato, puede verse palpablemente que este redundaría en beneficio de las oposiciones.

«Si la coalición revolucionaria no se hubiera efectuado, ¡quién sabe si el glorioso alzamiento se hubiera llevado a vías de hecho!

El conde se pasó la mano por la frente como si hubiese experimentado un dolor agudo, y después de un momento de silencio volvió a preguntar:

—¿Ha recordado el conocimiento?

—No señor: desde ayer ha experimentado algunos cambios. Ha estado muy agitado toda la noche y ha tenido momentos de un espantoso delirio. Hace una hora creí que recobraba el sentido y mandé por el señor cura.

—Pero inútilmente, añadió el sacerdote. ¡Pobre señor! Hace diez años que la conozco: venía a vería todas las semanas y no es posible imaginarse nada mas escelente.

—Debe sufrir mucho, exclamó el médico.

En aquel momento se oyeron los gritos desgarradores que daba la enferma.

—¿Oís? dijo el conde todo tembloroso.

Clara no comprendía nada de cuanto pasaba, pero presentía desgracias y se aproximó al conde.

—¿Es ella la que se queja? preguntó M. de Commarin.

—Sí, caballero, respondió con dureza el militar.

En cualquiera otra circunstancia el conde hubiera notado el aspecto amenazador de aquel hombre; pero en aquel momento no paraba su atención en nada.

—Quisiera verla, dijo con timidez.

—Eso es imposible, exclamó el militar.

—¿Por qué? murmuró el conde.

—Al menos, señor de Commarin, dejadla que muera en paz.

El conde retrocedió dos ó tres pasos: sus ojos se encontraron con los del militar y los bajó como pudiera hacerlo en presencia de un juez.

—Nada se opone a que el señor conde entre en la alcoba de la enferma, añadió el médico. Ella no conoce a nadie. Acabo de hablarla, pero nada; está insensible.

—Entrad, señor conde, dijo el militar; tal vez Dios lo dispone así.

El médico y el cura entraron con el conde.

—¿Y si se quedara en el umbral de la puerta?

El conde se adelantó hacia el lecho, pero se detuvo a cuatro pasos de distancia.

—¿Aquella moribunda era Valeria? ¡Oh! ¿Cómo había cambiado! Su belleza estaba muerta; no era posible reconocerla.

Pero ella le reconoció bien, ó al menos lo adivinó, lo sintió. Galvanizada por una fuerza sobrenatural, casi se sentó, descubriendo sus espaldas y brazos demacrados. Con un movimiento rápido tiró el vendaje de agua helada que tenía en la frente, y echando atrás su abundante cabellera, exclamó:

—¿Guy! ¿Guy!

El conde se estremeció y quedó como herido por el rayo.

Entonces vió que la moribunda se había trasfigurado: sus músculos, contraídos, se dilataron; su rostro recobró la belleza; una alegría celeste resonó en su fisonomía, y sus ojos se fijaron en el conde con infinita ternura.

—Guy, repitió con una voz dulcísima; Guy, ¡cuánto tiempo hace que te espero! No puedes saber lo que me ha hecho sufrir tu ausencia, y hubiera muerto a no ser por la esperanza de volver a verte. ¿Quién te ha detenido lejos de mí? ¿Tus parientes? ¿Por qué no los dices que en el mundo nadie te ama lo que yo? Pero no es por eso. Ya recuerdo... Te marchaste lleno de cólera; tus amigos te dijeron que te era infiel, y sin embargo yo no les he hecho mal alguno.

Tal vez envidiaban mi felicidad. ¡Eramos tan dichosos! Pero al fin has conocido la calumnia y las has despreciado puesto que has venido.

Ninguno de los espectadores se atrevía a pronunciar una palabra. La moribunda continuó:

—¿Y te sientes infiel? Es preciso estar loco para creerlo. Yo soy tuya; tu propiedad; algo de tí mismo. Para mí tú lo eres todo. Nací para tí, Guy, y debes recordarlo. Yo era una pobre encajera y tú me dististe que era un pobre estudiante, y así te quise con toda mi alma.

(Se continuará.)

ción con Roma; se hirió a los interesados en el crédito nacional con el anuncio de un rudo golpe que se preparaba a descargar sobre los tenedores de papel del Estado; sobre las clases pasivas, sobre el clero, sobre los contribuyentes, sobre todos; a los que acababan de salir de la hiena haciendo difícil, ya que no imposible su vuelta, y proclamando una política de exclusivismo absoluto que los excluye de toda participación; a sus propios amigos los ha herido; insistiendo en lo que dijo a bordo de la *Villa de Madrid* es insistiendo en sus afirmaciones acerca de los puntos negros y diciendo que hay mucha formalidad en la situación.

A todo esto, añábase la circunstancia de que si el ministerio entra teniendo por amigos únicos a los *alcuclados* de la Tertulia, si las personas que le constituyen no llevan consigo ni una fracción, ni un grupo, ni nada que preste alguna fuerza; en cambio entra sin un centeno en el Tesoro, con la desventaja de su aislamiento y de su desdén para realizar los empréstitos y negociaciones que acaban de votar las Cortes, con grandes dificultades para cobrar las contribuciones y con inmensas dificultades de otras clases, que no creemos oportuno indicar.

La *Iberia* había calificado anticipadamente a la situación creada anteayer: su íntimo amigo é inspirador vino a confirmar los juicios que había consignado en sus columnas; y el mismo Ruiz Zorrilla se encargó de formular con su programa los más sólidos argumentos en favor del diario que trataba contra los revolucionarios, *alcuclados* por ideas ó propósitos que no entra a investigar.

Por hoy nada hemos puesto de nuestra parte: nos ha ahorrado el trabajo nuestro colega progresista: mañana ya hablaremos por cuenta propia.

CORREO ESTRANJERO

El lunes próximo se volverá a presentar en la Cámara de los lóres de Inglaterra el *bill* relativo a la compra de los grados del ejército, para su segunda lectura. Parece que en el mismo día presentará también el jefe del partido tory, lord Richmond, un voto de censura contra el acto del ministro Gladstone, de que ayer hablamos a nuestros lectores. La batalla está, pues, empeñada, y lo probable es que salga en ello, mal librado el gabinete. Pero no anticipemos juicios en cuestión tan grave; el tiempo corre, y pronto sabremos lo ocurrido.

Con motivo de la presencia del príncipe real de Alemania y su augusta esposa, que es princesa de Inglaterra, el alderman Cotton ha presentado una proposición a la municipalidad de Londres, para que se diera un banquete en obsequio de los augustos viajeros. Preguntóse si se pensaba invitar al príncipe Oseas de Suecia que se halla también en Inglaterra, y al ex-emperador de los franceses, y como el honorable alderman contestara que sí, la municipalidad desechó su proposición, fundando la negativa en que neutralidad por neutralidad, la mejor era la observada durante la guerra franco-prusiana, quedando resuelto que no se invitara a nadie.

Los periódicos franceses dicen que en los círculos legislativos de Versalles se habla mucho de una conversación del conde de París con el jefe ejecutivo. El asunto que la ha motivado es el manifiesto del conde de Chambord acerca del cual M. Thiers quiso saber la opinión del jefe de la casa de Orleans, quien la formuló en estos términos: «No puedo menos de aplaudir la lealtad del lenguaje del conde de Chambord y no consentiré nunca en reinar sino después de su muerte ó de su abdicación».

Uno de los correspondientes parisienses de la *Independencia belga* refirió días pasados el caso, con unaligera variante que hacía mas espresiva, si cabe, la declaración del conde de París. No quisimos reproducirla entonces, porque atendiendo a su importancia no pareció oportuno aguardar a que se confirmase. El haber merito de ella los mismos periódicos de París merece que se consigne valga por lo que valga.

A propósito de las correspondencias de la *Independencia belga*, en una que tenemos a la vista se afirma haberse turbado la buena inteligencia que existía entre M. Thiers y el general republicano Faidherbe, como consecuencia de un vivo altercado entre ambos. En cambio se asegura que cada día es mas transparente la actitud moderada del ex-dictador Gambetta, y su firme resolución de mantenerse unido al jefe del gobierno francés a quien ha ofrecido su apoyo. Este simpatía del célebre republicano produjo real y verdaderamente el conflicto de que ayer nos enteró el telegrama, refiriéndose a las interpretaciones relativas a la cuestión de Roma que se habían esplanado en la Asamblea de Versalles.

Por último, M. Thiers estuvo hábil al tratar de las peticiones del episcopado francés en favor del jefe supremo de la Iglesia, tanto que todo indicaba un término satisfactorio en la discusión. El fogoso obispo de Orleans, después de un bellísimo discurso que amigos y adversarios admiraron y hoy elogian, llegó a manifestar que conmovido por las palabras de M. Thiers, no vacilaba en confiar a él para cuanto pudiera relacionarse con la suerte del noble prisionero del Vaticano. Se presentaron diversas órdenes del día y M. Thiers dirigió a la Cámara la elección de la que juzgase más oportuna.

Todo el mundo mostraba estar de acuerdo, cuando M. Gambetta se levantó para declarar que apoyaba, con sus amigos, la preferida por la derecha, ó sea la del diputado Barthé. La emoción entonces fué grande. M. Keller, en nombre de la derecha, declaró que la adhesión de M. Gambetta cambiaba la faz de la cuestión, no pudiendo aprobar aquella lo que a éste le parecía bueno. A esto siguió un tumulto indescriptible. Mons. Dupanloup ocupó tres veces la tribuna para contestar a M. Gambetta haciendo al fin suya la declaración de M. Keller. En vano M. Thiers protestó de que no existía acuerdo ninguno entre él y M. Gambetta; ni sus amonestaciones ni sus ruegos obtuvieron resultado.

La Asamblea votó el 20 una proposición importante de la ley relativa a la organización departamental, a saber, que las diputaciones permanentes de los consejos generales nombraran sus presidentes. El proyecto de ley del gobierno concedía esta facultad a los prefectos, mejor dicho, constituía a dichos funcionarios en presidentes de los consejos provinciales y habíase creído que así se aprobaría.

La mayoría se había pronunciado en contra, votando 428 rechazándolo y 138 en su favor.

Es una prueba inequívoca de que la Asamblea persiste en las ideas de descentralización que se han manifestado en diferentes ocasiones.

El ministro Jules Simon ha vuelto de su viaje a los puertos del Océano. Ahora se dice que su misión no alcanzaba a tanto como poner en libertad a los prisioneros que no le parecieran merecedores de la deportación, si no que ha tenido por objeto enterarse del verdadero estado de las cosas, oyendo las versiones de los prisioneros mismos.

De todos modos, se asegura que de 30 mil presos a penas hay en la actualidad 13 mil, número considerable, sin embargo, del que no sabe que hacer el gobierno. Su preocupación es, por consiguiente, ver como escójita el mejor medio para atender a las necesidades de la defensa social sin prescindir de lo que exige la justicia regular, cuya satisfacción presenta grandes dificultades. En Versalles, el prisionero que inspira mayores simpatías entre todos, es el joven coronel Russell.

De Viena anuncian que el emperador Francisco José se dispone a hacer un viaje a Praga con el propósito de coronarse allí como rey de Bohemia. Si así sucediera, en efecto, la esperanza de los diarios checos se realizaría: el coronamiento del emperador como rey de Bohemia no puede significar otra cosa que reconocer la autonomía del reino de Wenceslao, lo mismo que se reconoció la de Hungría. La monarquía austriaca se denominará en adelante Austria-Hungría-Bohemia.

La *Gaceta de Viena* ha publicado un decreto imperial nombrando gobernador de Galitzia al conde Goluchowski.

El Sr. Ruiz Zorrilla ha mantenido como presidente del Consejo lo que dijo en la *Villa de Madrid* sobre *inmoralidad y puntos negros*, declarando que hay muchos y que es mejor estar con ellos.

Esto último nos parece bien; pero respecto de lo primero nos ocurren dos observaciones. El Sr. Ruiz Zorrilla ha puesto en evidencia, tachándole de inmoral, una situación de que él formó parte.

El que ha cambiado el ministerio de Fomento por la presidencia del gabinete, no tuvo bastante carácter para abandonar aquel puesto tachado, según él, de *puntos negros*.

En la sesión de ayer, al hablar el general Serrano de su *espada de Alcolea*, el Sr. Topete hizo un gesto de estrañeza y disgusto que llamó la atención de muchos que le estaban observando.

Se acordaría de los telegramas que el de la *espada* le dirigió en la mañana del 29 de Setiembre, en virtud de los cuales se hallaba dispuesto el señor Topete a reembarrar al duque y sus amigos.

El Sr. Ruiz Zorrilla tuvo ayer mañana una conferencia con el duque de la Torre, que por su parte se presentó, también al nuevo ministro de la Guerra.

Respecto de la actitud del general Serrano, hemos oído que ha obtenido seis meses de licencia para viajar por España y por el extranjero; que debía salir anoche para la Granja, y que hizo ayer varias visitas de despedida, entre otras, la de D. Amadeo y del presidente del Senado; y finalmente, que a su regreso fijaría su residencia en su palacio del barrio de Salamanca.

Esto se decía ayer de público, mas no faltó quien asegurase que a última hora había suspendido toda idea de viaje, y que en todo caso sólo iría a la Granja por unos días, volviéndose a esta capital.

Nuestro distinguido amigo el señor marqués de Bedmar, ha salido de Madrid con dirección al Norte.

Dice anoche *La Correspondencia*:

«Hoy hemos recibido una carta fechada en Barcelona el 23 del actual y firmada por D. José Puig y Llagostera, en la que nos ruega hagamos constar que desde hace un mes no recibe por el correo carta alguna, y solo llegan a su poder las que se le dirigen por tercera persona».

El general Serrano dijo ayer en su discurso que *venía en Alcolea a su noble amigo el marqués de Novaliches*.

Es absolutamente inexacto. El valeroso marqués de Novaliches cayó herido *avanzando* y sin ser vencido ni mucho menos.

La batalla se suspendió por la imposibilidad de continuarla en la oscuridad de la noche: el capitán general marqués de Novaliches dio sencillamente parte de hallarse herido en la cara, sin indicar siquiera la horrible gravedad de su herida y pidió, en el mismo parte, que el ministro designase otro general para continuar la batalla.

Quien moralmente se hallaba vencido era el duque de la Torre, a quien sorprendió extraordinariamente la noticia de que se le permitía pasar el puente, por orden del ministro de la Guerra. Esta es la verdad.

Desde cuándo ha ocurrido al general Serrano que fué el vencedor en Alcolea?

El Sr. Topete tuvo ayer una virada en redondo y un zafarrancho de combate que dejaron atónitos al Sr. Beranger y a los demás que se han embarcado en la situación.

Cuando menos se esperaba, salió diciendo que estaría muy prevenido contra el nuevo ministerio y sus propósitos, pues él quería defender la libertad.

Dicen los inteligentes que esta maniobra fué mas atrevida y de mas mérito que la de Abtao. El Sr. Beranger, según cuentan, se halla resuelto a recompensarle, dando al Sr. Topete aquella cruz de Calatrava que llevaba siempre en la levita, y que se le perdió el día del pronunciamiento del Ferrol.

El duque de la Torre concluyó su discurso de ayer manifestando que sabía de lo que era deudor a su rey y a su patria, y que obraría como quien es.

Estas palabras, como observarán nuestros lectores, tienen mucho de *sibyllicas*, y los progresistas, que deben acordarse todavía de Julio de 56 y Junio de 66, y saben como las gusta el general Serrano, comprendemos que anden algo escamados.

Tendría que ver el que un hombre de frac enviara a Canarias por segunda vez, andando el tiempo, al héroe de Alcolea!

Todo puede suceder, sin embargo, porque los altos juicios de Dios son inescrutables, y nadie es

capaz de poner en duda que el Sr. Ruiz Zorrilla es brioso hasta dejárselo de sobra.

El Imparcial niega la dimisión del Sr. Lopez Dominguez; *La Correspondencia* dice anoche que es cierta.

A nosotros, lo que se nos ha asegurado por persona que nos merece entero crédito es que el señor Lopez Dominguez presentó efectivamente la dimisión, pero D. Amadeo se negó a admitirla.

Esto debía saberlo *El Imparcial* tan bien como nosotros.

El flamante presidente del Consejo de ministros aseguró ayer repetidas veces al formular en el Congreso su interminable programa de gobierno que se cumpliría en todas sus partes el programa revolucionario.

Como en dicho programa figura como parte integrante la abolición de la *odiosa y vejatoria* contribución de consumos y el desestanco del tabaco, y el país sabe ya que el Sr. Ruiz Gomez, ministro de Hacienda actual, es partidario de los consumos y del estanco, resulta que ó el Sr. Ruiz Zorrilla ha querido dar una broma a la Cámara, ó que el Sr. Ruiz Gomez ha abdicado por completo de sus ideas económicas.

¿Habrá algún periódico ministerial que aclare esta contradicción?

El duque de la Torre, en su discurso de ayer, defendió calurosamente la conciliación sin atreverse a llamar, como en otro tiempo, insensatos, aun después de haber hablado el Sr. Ruiz Zorrilla, a los progresistas que desaban y han obtenido el rompimiento de aquella.

En cambio el general Serrano hizo ardientes protestas de liberalismo, llenó de flores a los ex-ministros que permanecieron fieles a su lado, é increpó duramente a los címbrios llamándolos malos patrióticos, hombres funestos, y hasta indignos, si no oímos mal.

Detrás de la sonrisa del general vencido, se veía toda la amargura del que, acostumbrado a verse mimado hasta en sus actos políticos, mas reprobados por una fortuna insultante, ve de pronto que esta caprichosa deidad le vuelve la espalda.

Lo que le pasa al duque de la Torre no es mas que el principio de la espaciación. Indudablemente el héroe de Alcolea está hoy, a los pies de Ruiz Zorrilla, y tal posición ni es cómoda, ni deja de ofrecer peligros.

Entre las frases afortunadas que el Sr. Ruiz Zorrilla tuvo en su discurso de ayer figura la siguiente:

«El ministerio de Fomento es la *Hacienda del porvenir*».

Hace bien el Sr. Zorrilla en ocuparse de la Hacienda del porvenir.

Del presente pasó a mejor vida en manos del Sr. Figueras y del Sr. Moret, dignos ministros de la revolución de Setiembre.

En las economías del Sr. Ruiz Zorrilla no figura concretamente sino una: la de *reducir el presupuesto del clero*.

S. S. dijo que era menester castigar el presupuesto del clero.

Creemos esta frase una idea economista de puro lujo.

Como el clero se muere de hambre donde no vive de la piedad de los fieles por la sencilla razón de que se le paga, creemos que bien pudiera el presidente del Consejo haber economizado esta economía.

Decía ayer el general Serrano que no era conservador y se incomodaba porque se le hubiese creído tal.

Para demostrarlo espuso varias consideraciones; pero se le olvidó una muy esencial: no ha conservado ni aun la casa de la calle de Alcalá.

He aquí la biografía del nuevo gabinete, hecho por *La Constitución* y comentada por *La Época*: «La *Constitución* publica las biografías de los nuevos ministros. El Sr. Ruiz Zorrilla, que tiene 37 años, estudió la carrera de leyes en Valladolid, y fué diputado de oposición desde 1856 hasta 1861, sin que participemos de la opinión del colega de que se distinguiera por la elegancia de su elocuencia».

En honor de la verdad, en las Cortes de la unión liberal, en que había una exigua minoría progresista, el Sr. Ruiz Zorrilla hizo un papel bastante adocenado. Envió de resultados de los sucesos de Junio de 1868, y desde la revolución, viene figurando en primer término.

La biografía del general Córdova es muy larga: tiene 62 años, cuenta 47 de servicios militares; pero su filiación revolucionaria, y sobre todo su filiación progresista, es muy reciente. Hizo la campaña de los siete años, distinguiéndose al lado de su hermano, y obteniendo después otros ascensos a las órdenes inmediatas del general Narváez.

El contribuyó a sofocar los pronunciamientos de Alicante y Cartagena en 1844; fué gobernador de Madrid, sofocó los tumultos ocasionados por la imposición del sistema tributario.

En 1847 fué ya inspector de infantaría, capitán general de Cataluña, jefe de la expedición de Italia, presidente fugaz de un ministerio en 1854, y en 1858, después de haber pertenecido al último ministerio del general Narváez, se unió a los generales sublevados.

Unido después al general Prim, entró a formar parte de la Tertulia progresista, cuya espada es hoy, debido a esto su designación para el ministerio de la Guerra.

D. Servando Ruiz Gómez, ministro de Hacienda, tiene 50 años, y se ha educado en Alemania, Francia é Inglaterra.

Ha estado también en América dedicado al comercio, y desde 1855 tomaba parte activa en la política, afiliado siempre al partido progresista.

Ha escrito en varios periódicos de este partido y formado parte de juntas revolucionarias, la última vez en Oviedo.

Su último destino ha sido el de gobernador de Madrid.

D. Eugenio Montero Rios es joven; aun no ha cumplido 40 años, y es hijo de un notario de Santiago de Galicia: fué excelente estudiante, y ganó por oposición y sin recomendaciones una cátedra.

Elegido diputado por Pontevedra, dióse a conocer por su acendrado espíritu progresista y por sus lecciones notables en la Universidad.

Fué ya ministro de Gracia y Justicia durante la regencia del duque de la Torre, y ahora vuelve a serlo, después de haber trabajado eficazmente para que fracasara la combinación conservadora.

La biografía del Sr. Beranger no es larga: tiene 57 años; ha recorrido todos los grados de la carrera naval; pero como hombre político no había figurado hasta 1868.

El Sr. Beranger estaba en Inglaterra en comisión del

gobierno legítimo, y allí auxilió los trabajos revolucionarios. Después de Setiembre ha ascendido en grados y desempeñado el ministerio de Marina. Quizá es de lo mas insignificante que hay en la marina.

D. Tomás María Mosquera, nombrado ministro de Ultramar, tiene ahora 48 años; fué alcalde de Oca, diputado desde 1850 y abogado. En el bienio perteneció al Tribunal contencioso administrativo, después a las oficinas del *Credito en España*.

No fué partidario del retraimiento, y ahora desempeña la Dirección del registro de la propiedad.

Finalmente, D. Santiago Diego Madrazo, candidato a un ministerio desde hace tiempo, tiene 55 años, es abogado como la inmensa mayoría de los españoles, disfruta opinión de hombre estudioso y entendido, y habiendo pertenecido a la unión liberal, hoy está ligado a los progresistas por su amistad con el Sr. Ruiz Zorrilla.

Esta es la rápida reseña que puede hacerse sobre los antecedentes de los actuales ministros.

Veremos lo que hacen para su gloria futura.

He aquí algunos párrafos de una carta que publica ayer el *Diario de Zaragoza* de su correspondiente de Madrid, en que pinta las vicisitudes por que ha pasado la última crisis ministerial:

«Después de dar a conocer *El Imparcial* el ministerio formado, pone a continuación, el *duque de la Torre*, está citado hoy a palacio para presentar al rey la lista de los nuevos ministros».

Es difícil, añáde, y fíjense los lectores, PREVER LA OPINION DE S. M. EN ESTOS MOMENTOS.

De esta manera tan candorosa, al parecer, *El Imparcial* desborda la confianza, el éxito favorable que todavía espera en los resultados de las intrigas puestas en juego, para hacer fracasar el ministerio antes de jurar.

Si consiguen los címbrios sus propósitos, han hecho un flaco servicio a la monarquía con ese insignificante, pues la hacen aparecer fácil y sumisa a las intrigas.

Con monárquicos como los que representa *El Imparcial*, no adquirirá gran solidez la institución; pero bien que ya nos lo dijo en otra ocasión que *desaba la menor cantidad de monarquía posible*.

Pero el duque de la Torre, amañado con lo sucedido ayer, que después de haberle dado palabra de ser ministro, Ruiz Gomez de Hacienda y Montezinos de Fomento, los címbrios, tales como hicieron, que les obligaron a desdiseñar, y las suplicas hechas por Ulloa y Topete a Ruiz Gomez, con quien comieron, fueron inútiles. Por eso amañado Serrano ha tomado bien temprano actitud, para impedir ciertas maniobras.

Hojas sueltas, alocuciones, impresos con el epigrafe de la *gran traición del conde de Mirabeau* contra Sagasta, y la gran reunión y apasionados discursos en la *Tertulia* progresista anoche, a todos estos medios se ha echado mano para agitar la opinión en contra del ministerio que Serrano formaba.

En la *Tertulia* progresista D. Ignacio Rojo Arias, el abogado del célebre *Banco de economías*, pronunció frases y alusiones contra Sagasta, que le ha dado importancia social nombrándole gobernador, primero, de Cádiz y después de Madrid, y lo ha sacado diputado por Olanova, provincia de Lugo, donde nadie lo conocía, frases, que nos desagradaron; pero que la impresionabilidad de los concurrentes aplaudió a rabiar. Con esta entrada, D. Zoilo Perez y D. Francisco Salmerón y otros, tales cosas digeron, que con facilidad pudo acordarse el que se barrara del partido progresista el nombre de D. Práxedes Mateo Sagasta, a quien llamaba apostata, repelido y otras apasionadas frases la concurrencia.

Un círculo de címbrios, que había en el ángulo derecho del salón de la Tertulia, no podía ocultarse el contentamiento que sus corazones sentían al ver esta actitud, que llevaría fatalmente al glorioso partido progresista a ser su débil instrumento.

Nombróse una comisión que fuera a felicitar a Ruiz Zorrilla, a Martos y a Beranger; y poco mas de las doce de la noche toda aquella gente se trasladó al café de la Iberia, donde Sagasta era el víctima de todas aquellas lenguas, notándose que los que mas favores le deben eran los peores.

No vayan a creer los lectores de *El Diario* que estas gentes se hallaban inspiradas en su actitud por puros y levantados móviles. Nada de eso: como carecen en su inmensa mayoría de oficio, y no tienen otro medio de vivir que el empleo alcanzado en la política, esto era lo que les traía agitados y por eso las diatribas eran mayores, cuanto mas cerca se hallaban de las mesas ocupadas por Martos, Rivero y otros personajes.

Mientras estos vividísimos, de cuya existencia poco o nada sabe la sociedad, discutan a las dos de la noche, el comerciante, el industrial, el propietario, el obrero, el sacerdote, el capitalista y el labrador descansaban del trabajo del día, para confiar en el próximo, y poder sobrellevar los impuestos y pagar las contribuciones, que jamás alcanzan a todo.

No puede haber libertad, ni orden, ni buena administración, ni practicable el sistema constitucional, mientras las clases ricas, las clases acomodadas no sean las que administran el municipio, tomen la dirección de las diputaciones provinciales y representen al país en las Cortes y en el gobierno. El que carece de medios de subsistencia, cómo ha de perder el tiempo en la administración municipal, ni asistir con puntualidad a la diputación, ni entregarse con celo a la diputación a Cortes?

Medítelo bien el país, y ponga remedio; porque de lo contrario, no nos debemos llevar chasco del crecimiento de las ideas disolventes.

Por eso se explica fácilmente uno, que no habiendo aun jurado ni presentado a las Cortes el nuevo ministerio, se estudien, se preparen y se discutan los medios que se han de poner en juego para motivar una discusión ruidosa en el Congreso, y tras de ella una votación contraria a él para qué?

Para ver si se consigue otra crisis, y en ella se pesca algo con que vivir.

Si a pesar de esto, las clases contribuyentes permanecen apáticas, sin tratar de poner correctivo a los perjuicios, que se ocasionan, no tienen razón para quejarse.

Los címbrios propalan la especie de que el rey no acepta el ministerio indicado, porque D. Amadeo, dicen, encargó condicionalmente a Serrano la formación de un ministerio; y como el presente lo reúne la condición impuesta, que consistía en que el ministerio fuera de conciliación de las tres fracciones, y solo tiene individuos de dos, hacen creer que el rey quizás no lo acepte. En cuyo caso, Serrano dejaría el encargo, y Ruiz Zorrilla lo recibiría.—A. A.

Dícese que entre las economías que piensa llevar a cabo la nueva situación, se encuentra la de suprimir las compañías de la Guardia real recién creadas.

Los monarcas, según el credo democrático, no deben tener mas guardia que el amor del pueblo, y por eso parece que la Tertulia progresista ha tomado aquel acuerdo, debiendo, no obstante, en las gran lesolemnidades, prestar el servicio de dichos guardias los nacionales veteranos.

Dice *La Correspondencia* que el nuevo ministerio de Hacienda, Sr. Ruiz Gomez, ha dirigido una circular a los jefes económicos sobre hacienda, en-

careciéndoles la actividad en los pagos a todas las clases.

A su vez los jefes económicos están ya redactando la contestación que se reduce, según nuestros informes, a decir que no tienen una peseta.

Además de las dimisiones de que hemos dado cuenta a nuestros lectores, han presentado: los generales Riquelme, jefe de división de caballería de Castilla la Nueva; Lopez de Letona y Serrano, del Consejo Supremo de la Guerra; Rey, del consejo de redenciones; Carbó, capitán general de las Baleares; y Rhijn, del distrito militar de Sevilla.

De hombres civiles: los Sres. De Blas, subsecretario de Estado; Abascal, director del patrimonio; Merás y Arroyo, oficiales de Gobernación.

También han presentado: D. Juan Chinchilla, presidente del Tribunal de Cuentas; D. Diego Suarez, jefe de la sección de Hacienda del ministerio de Ultramar; D. Vicente Barrantes, jefe de la sección de contabilidad del mismo ministerio; D. Eduardo Garrido Estrada, gobernador civil interino de Madrid; secretario en comisión de dicho gobierno, y el brigadier D. Rafael Acebron, que manda una brigada en Aragón.

También se esperan las de los diplomáticos señores Mazo, Rascon y Rancós.

Ayer no recibimos telegramas extranjeros, sin saber a qué se pueda atribuir esta falta.

CORTES.

CONGRESO.

Reapertura de la sesión celebrada el día 25 de Julio de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLIZAGA.

Abierta a las dos y tres cuartos, y leída el acta de la anterior, dijo el Sr. Figueras: No me parece que el acta es la relación de lo que sucedió en la sesión última, puesto que habiendo pedido la palabra el Sr. Sanchez Ruano, que deseaba saber lo que había acerca de la crisis que todos queríamos conocer, la mesa dijo que habiéndose dado las relaciones por medio de las cuales comunicaba este Cuerpo con un alto funcionario del Estado (cosa que no era exacta, pues que había presidente del Consejo de ministros), se iba a preguntar si se suspenderían las sesiones; añadiendo al Sr. Sanchez Ruano que le concedería la palabra después que se hubiera leído la comunicación del gobierno, habiéndose leído ya.

Después de esa promesa terminante debimos creer que se hubiera concedido la palabra al Sr. Sanchez Ruano. Pero lejos de ser así, cuando había, a consecuencia del altercado entre S. S. y la Presidencia, cierto tumulto en la Cámara, se hizo la pregunta de si el Congreso acordaba la suspensión de las sesiones mientras durase la crisis. Como estábamos todos levantados, se tomó como votación un acto previo a la votación misma, y yo deseo conste todo esto, que es lo que sucedió, para que se eviten actos como aquel, que quizá hubiera producido como consecuencia la disolución de las Cortes si hubiera tenido aquí hoy otro gabinete que afortunadamente para el país no ha llegado a formarse.

El Sr. HERRERA: Voy a tomar parte en el incidente suscitado por el Sr. Figueras, para dejar sentados los hechos y bien justificada mi conducta en aquel sitio. No voy a contestar a las vejaciones que han tenido lugar fuera de aquí, por no rebajar la dignidad del puesto que ocupaba cuando tuvo lugar el incidente a que ha aludido S. S., y solamente recordaré las disposiciones del reglamento y de la Constitución y los antecedentes parlamentarios, creyendo que esto basta para contestar a lo dicho por el Sr. Figueras.

La sesión del día 20 se abrió por nuestro dignísimo presidente, que concedió la palabra al Sr. Fernandez de las Cuevas para sancionarse de los cargos que en otro sitio se le habían dirigido; y estando en el uso de la palabra el Sr. Fernandez de las Cuevas, recibí un recado del señor presidente diciéndome que fuera a ocupar el sillón presidencial por tener que abandonar a S. S.

En aquel instante, y como es costumbre, recibí las indicaciones del Sr. Olizaga acerca del curso de la sesión, y supe que había en la mesa una comunicación del señor duque de la Torre diciendo que el ministerio estaba en crisis. A juicio del Sr. Olizaga, como al mío, esa comunicación exigía que se suspendieran las sesiones hasta que se resolviera aquella; y por consiguiente, una vez terminado el incidente del Sr. Fernandez de las Cuevas, iba a dar cuenta de ella; pero apenas dije las palabras «se va a dar cuenta», el Sr. Sanchez Ruano pidió la palabra, que no pude concederle, porque según el artículo 36 del reglamento las comunicaciones del gobierno deben leerse antes que ninguna proposición.

Después de haber leído la comunicación, volví a pedir la palabra al Sr. Sanchez Ruano con objeto de discutir la crisis; que no otra cosa hubiera hecho si hubiera sostenido su proposición.

Yo sostengo mi derecho y los fueros de la presidencia, y en una de las interrupciones dije al Sr. Sanchez Ruano que le concedería la palabra cuando yo concluyera; pero ¿qué sucedió entonces? que se produjo un tumulto que apenas me permitió acabar las frases que iba a pronunciar. En medio del tumulto dirigí al Congreso el secretario Sr. Ferragles la pregunta que yo había formulado y fundamente, y una gran mayoría de la Cámara acordó la suspensión de las sesiones. Ratones que yo no podía conceder la palabra al Sr. Ruano, porque no era posible conceder nada a un tumulto.

Si se hubiera esperado a que este terminara, yo le habría concedido la palabra al Sr. Sanchez Ruano para que convenciese de que no tenía derecho para sostener su proposición ni para discutir la pregunta que yo había dirigido al Congreso.

Y solo considerando a S. S. dominado por la pasión puede comprenderse que mi ilustrado amigo el Sr. Figueras no asienta a lo que estoy diciendo.

¿Qué conducto tiene este cuerpo para comunicar con la corona, mas que el gobierno? Pues bien, estando el gobierno en crisis, este Cuerpo no puede hacer nada, porque si quiere legislar necesita la sanción del rey; si quiere ejercer el derecho de preguntas é interpellaciones, no hay nadie que pueda contestar; y no puede tampoco ejercer el derecho de censura, no habiendo un ministerio responsable.

Y mucho menos se comprende que sigan celebrándose las sesiones para discutir una crisis que no nace del Parlamento, sino del seno del ministerio, sin estar éste presente, y que esa crisis se discuta enfrente del monarca sin gobierno que la espelque.

Los precedentes están también en abono de estas sencillas consideraciones.

Durante las Cortes Constituyentes no se discutió ninguna crisis

de la presidencia no podía conceder nada absolutamente de lo que se pidiera en medio de un escandaloso tumulto, y concluyó entregando mi conducta al fallo de los señores diputados, que creo se habrían arropado de haberme elevado por unanimidad a la primera vicepresidencia de la Cámara, si hubiera obrado de otra manera, rebajando la dignidad y la altura del puesto a que habían tenido la dignación de alzarme.

El Sr. FIGUEROA: Debo hacer dos ó tres rectificaciones importantes á lo dicho por el Sr. Herrera.

Ha recordado S. S. que fué elevado á la primera vicepresidencia por una votación unánime. Ciertamente es; pero de todos modos, colocado en la posición en que le colocaron circunstancias imprevistas el día 20, S. S. hizo una cosa que nosotros creímos que se parecía á golpe de Estado: S. S. la ha justificado, pero haciendo una declaración importante, y es que ofreció la palabra al Sr. Sánchez Ruano, lo cual no aparece así en el *Extracto oficial*, en que consta que S. S. dijo que se le concedería «si ha lugar». ¿Se hizo el *Extracto* á prevención, por si hoy no podían hacerse las declaraciones que han podido hacerse?

El día antes nuestro digno señor presidente iba á hacer una pregunta; pidió la palabra el Sr. Sánchez Ruano, y no creyó faltar al decoro de la presidencia concediéndosela. ¿No es un precedente que puedo yo citar al Sr. Herrera? Vea, pues, el Sr. Herrera cómo no estaba obligado á hacer lo que hizo por los motivos que alega.

Las crisis, por mas que nazcan fuera del Parlamento, deben resolverse en el Parlamento. Esta es la doctrina constitucional.

Que no puede haber sesiones mientras haya crisis, y que esta es la buena doctrina. Pues el día 18 de Mayo de 1843, el presidente de las Cortes D. Manuel Cortina recibía dos comunicaciones, una en que se le participaba por el regente del reino que había admitido la dimisión de D. Joaquín María López y de sus compañeros, y otra en que se le comunicaba el nombramiento del nuevo ministro.

El día 20, á pesar de que el presidente del Consejo de ministros dijo al Sr. Cortina: «no olvide V. S. que el gobierno tiene pedida la palabra», concedió la palabra á nuestro digno presidente, el Sr. Olózaga, diputado entonces de oposición, el cual protestó contra la suspensión de las sesiones á pretexto de resolver la crisis. Después haber contestado al Sr. Herrera, y no quiero ser mas esbozo.

El Sr. HERRERA: La cita que ha hecho S. S. no tiene gran valor, porque no son artículos de fe para mí las palabras del entonces presidente de las Cortes.

Según la Constitución, el rey es libre para nombrar sus ministros. Y yo pregunto: ¿qué libertad tendría la Corona para resolver la crisis, si las Cámaras tuvieran derecho á oponer una solución en frente de aquella? ¿Qué sería entonces el art. 78 de la Constitución?

Pero hay mas. El caso de 1843 no tiene analogía con este, porque entonces había un presidente del nuevo ministerio, que podía contestar á lo que aquí se dijera, mientras que ahora no había presidente del Consejo, puesto que había presentado su dimisión.

En cuanto á la frase «si ha lugar», que el *Extracto* pone en boca al contestar la palabra al Sr. Ruano, solo diré que la usó, pero no tiene importancia, porque de todos modos el presidente no puede hacer nada para que no haya lugar.

Yo estaba dispuesto á conceder la palabra con el objeto que antes dije al Sr. Sánchez Ruano; pero no se la podía conceder después del acuerdo de las Cortes y en medio del tumulto que había.

El Sr. FIGUEROA: S. S. dice que en 1843 había un presidente nombrado, y que esto no sucedía el día 20 de este. Pues yo diré á S. S. que no solo había un presidente del Consejo de ministros nombrado, sino que lo era efectivo hasta tanto que se le hubiera admitido la dimisión.

El Sr. HERRERA: Insisto en que el 43 el presidente nuevamente nombrado podía ya presentarse á las Cortes, y el día 22 no podía hacerlo estando el ministerio en crisis.

El Sr. MORENO RODRIGUEZ: No era yo el llamado á tratar esta cuestión; pero siendo uno de los firmantes de la proposición que dió lugar á este incidente, y hallándose enfermo el Sr. Sánchez Ruano, debo pronunciar algunas palabras.

Dice el Sr. Herrera que la proposición tenía por objeto discutir la crisis, y yo debo manifestar que no es eso el objeto de la proposición; que no tenía otro que pedir á la Cámara que declarase que no podía recaer acuerdo sobre la comunicación del señor presidente del Consejo de ministros, por falta de antecedentes; y además de esto había en la proposición una segunda parte en la que queríamos hacer constar que si se disolvían las Cortes era sin nuestro consentimiento.

Además, era una proposición incidental que teníamos derecho á presentar antes de tomar acuerdo sobre la comunicación del señor presidente del Consejo de ministros, puesto que sobre esta iba á recaer una votación, y aquí puede y debe discutirse todo aquello sobre que se va á tomar acuerdo. Ha dicho el Sr. Herrera que no podía conceder la palabra al Sr. Sánchez Ruano, por el tumulto que aquí se promovió. Pero hay que tener en cuenta que esto aconteció cuando vimos que no se concedía la palabra al Sr. Sánchez Ruano, y de todos modos, el tumulto pudo calmarse y seguir después la sesión.

Habría todavía otra falta, mas grave, que fué la de desoir las voces de los que pedían que la votación fuera nominal, porque no era posible saber si los que estaban de pie lo estaban para votar en sentido afirmativo, ó por efecto del mismo tumulto.

Esta es la verdad de los hechos; y según ellos, estamos en nuestro derecho al pedir que se discutieran, tanto la proposición del Sr. Sánchez Ruano como otra que presentamos para que se declarase que no había lugar á deliberar acerca de la pregunta que hizo el Sr. Herrera.

El Sr. HERRERA: No voy á contestar al Sr. Moreno Rodríguez porque no pienso mantener una discusión sobre actos de la Presidencia, y solo diré que si es cierto que algunos señores pidieron que la votación fuera nominal, eso prueba la fuerza del tumulto, y yo asero bajo palabra de honor que no lo oí. Si lo hubiera oído, hubiera accedido á ello.

El Sr. MORENO RODRIGUEZ: Si el tumulto fué tan grande, ¿cómo pudo saberse quiénes eran los que aprobaban, y quiénes los que desaprobaban?

Sin mas discusión, quedo aprobada la acta.

Se dió cuenta de los decretos admitiendo las dimisiones que los señores duques de la Torre, Martos, Ulla, Sagasta, Beranger, Ruiz Zorrilla y Ayala habían presentado; y del nombramiento de Sr. Ruiz Zorrilla para presidente del Consejo de ministros y ministro de la Gobernación; el Sr. Córdova para ministro de la Guerra e interior de Estado; del Sr. Beranger para ministro de Marina; del Sr. Ruiz Gómez para ministro de Hacienda; del Sr. Montero Rios para ministro de Gracia y Justicia; del Sr. Madrazo para ministro de Fomento, y del señor Mosquera para ministro de Ultramar.

Pasó á la comisión de presupuestos una exposición de la diputación de Avila para que no se imponga el 10 por 100 sobre los sueldos de los empleados provinciales. El Congreso quedó enterado de que el Sr. Sánchez Ruano no podía asistir á la sesión por hallarse enfermo, y de que el Sr. Jove y Hevia usaba nueve días de licencia.

Pasó á las secciones para nombramiento de comisión

el suplicatorio del juez de Martos pidiendo autorización para procesar al diputado Sr. Castilla y Escobedo.

Se dió cuenta de los señores Ministros del tribunal de Cuentas que han de componer la sala durante las vacaciones.

Se dió cuenta de haberse recibido un ejemplar de las leyes sancionadas sobre los medios de cubrir el déficit del Tesoro, de minas, prorogando el plazo para la conclusión de las obras del ferro-carriil de Alcazar á Quintanar de la Orden, sobre pago del material de hierro para el viaducto de la calle de Segovia; concediendo al gobierno el derecho de dar amnistía para los delitos políticos cuando lo tenga por conveniente; la de recursos para las obras del puerto del Grao de Valencia; celebrando un tratado de comercio, navegación y amistad con Siam, el Uruguay y los reinos unidos de Suecia y Noruega; concediendo á los bachilleres de filosofía y letras y ciencias derecho á optar á cátedras de instituto, y fijando las fuerzas navales del ejército.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Ruiz Zorrilla): Señores diputados: el ministerio que por encargo de S. M. ha tenido la honra de formar, y que hoy se presenta ante los Cuerpos colegisladores, se compone de individuos que militan, políticamente hablando, en las filas del antiguo partido progresista, y que vienen dispuestos á desenvolver en leyes y en decretos la política que desde la revolución de Setiembre, tal como nosotros la comprendemos, debe seguir este partido; la política de un ministerio que de hoy en adelante, si aquí han de organizarse los partidos, y yo así lo espero, ha de llamarse política de un ministerio radical.

Pocas palabras, señores diputados, creo necesarias para explicar las causas que motivaron la desaparición del poder del anterior ministerio: están en la conciencia de todos. Yo solo os diré que había en él dos tendencias opuestas; y que mientras los unos creían patrióticamente pensando, que debía seguir la conciliación de los elementos que contribuyeron á la obra de Setiembre, los otros, con no menor patriotismo, creían por el contrario que debía romperse la conciliación y formarse un nuevo ministerio, en el cual, inspirándose todos sus individuos en una misma idea, confundiendo en una misma aspiración y obedeciendo á idénticos principios, pudiera, no solo presentar un programa de gobierno claro y concreto, sino también y en primer término responder á las necesidades y á los deseos del país.

No tengo mas que decir á cerca de la crisis del anterior ministerio: mi ilustre amigo el señor duque de la Torre, su presidente, dará las explicaciones que crea oportunas.

Cuando yo tuve la honra de ser llamado por S. M. y de recibir el encargo de formar gabinete, consulté á algunos de mis amigos: consulté á los Sres. Martos y Rivero: al primero porque había sido mi compañero durante estos seis meses, y porque nuestro criterio, nuestra manera de ver las cosas y las personas en los momentos actuales, en la situación en que se encuentra el país, eran los mismos; al segundo, al Sr. Rivero, como jefe del antiguo partido democrático; pero antes de que pudiera hablarle acerca de la organización del gabinete, ambos se apresuraron, comprendiendo la situación del momento, satisfaciendo á su conciencia, estudiando el estado y las aspiraciones de los partidos; á decirme que de todo podíamos hablar, menos de que ellos, ni ninguno de sus amigos, formasen parte del nuevo gabinete.

Yo debo hacer esta justicia ante el Congreso al desinterés, á la abnegación, al patriotismo de los Sres. Rivero y Martos, y de los hombres que ellos representan en el Congreso, si es que en la situación por que atraviesa el país hay abnegación, desinterés y patriotismo en no ocupar este puesto.

Hablé después con mi querido amigo el Sr. Sagasta. Yo no he de decir al Congreso nada absolutamente sobre la situación en que el Sr. Sagasta se ha encontrado y se encuentra en este momento: él hablará después; pero todos los que me conozcan y le conozcan, todos los que hayan militado en el antiguo partido progresista, y cuantos sientan latir su corazón y estimen en algo las afecciones que mas ligan á los hombres en la vida pública y en la vida privada, comprenderán la dificultad de mi situación al ver al Sr. Sagasta fuera de este sitio, y al contemplar los disgustos y penalidades por que habrá pasado al no venir á sentarse en este banco. (Rumores.)

¡Ah, señores diputados! yo sentiría mucho que esta interrupción fuera debida á no haberme expresado con la debida claridad; pero si la interrupción es maligna, si con ella quiere indicarse que el Sr. Sagasta no tiene tanto patriotismo, tanta abnegación, tanto amor á su antiguo partido y á las ideas que ha defendido siempre, como puede tener cualquiera otro de los que han pertenecido al partido progresista, se equivocan completamente los que me han interrumpido. Yo no voy á hablar aquí de servicios políticos y revolucionarios; no voy á hablar de una vida sin tacha desde que el Sr. Sagasta vino á la escena pública; esto está en el sentimiento de todos los partidos y en la conciencia de todos los españoles.

Yo lo que vengo á decir aquí, es que tenía el deber para con mi partido y la España liberal, satisfaciendo al mismo tiempo á mi conciencia y á mis afecciones, de hablar con el Sr. Sagasta, y suplicarle al mismo tiempo que viniera á compartir los riesgos y las responsabilidades que un gobierno pueda tener en estos momentos.

Somos amigos (perdonadme que en circunstancias tan solemnes tenga que ocuparme de un hombre cualquiera, siquiera ese hombre sea el Sr. Sagasta, que tantos servicios ha prestado á la patria y á la revolución; somos amigos, repito, con una amistad inquebrantable, hace 18 años; hemos sido compañeros de gabinete; hemos luchado juntos en los partidos; hemos compartido las amarguras de la emigración; hemos tenido la siempre el mismo pensamiento, la misma idea, el mismo deseo, que era aspirar á la felicidad de nuestra patria por medio de la libertad: ¿qué extraño es, señores diputados, que yo sienta, que yo me duela de que no hayamos venido juntos á este banco, cuando se va á hacer una política homogénea, el Sr. Sagasta y yo, compañeros y amigos de toda la vida? Y amigos y compañeros seguros siendo, porque ambos defendieramos la libertad, siquiera apreciemos de distinto modo las circunstancias y la situación del país.

Podrá en esto haberse equivocado el Sr. Sagasta: ¡quiero saber, señores diputados, si me he equivocado yo! Pero cualquiera que sea el juicio que se forme acerca del pensamiento del Sr. Sagasta y acerca del pensamiento de los que nos sentamos en este banco y de los que como nosotros opinan, no habrá un solo español, no habrá un solo liberal que no haga justicia á la firmeza de convicciones y al deseo que á unos y á otros anima de hacer la felicidad de la patria. Creo innecesario añadir una palabra mas respecto á las personas á quienes por las razones espuestas era deber mio consultarlas.

Voy á haceros gracia, señores diputados, de lo que es costumbre en estos momentos acerca de las condiciones que todos y cada uno de mis compañeros de gabinete reunen: los unos han sido ministros antes; todos han pertenecido á uno ó otro Cuerpo colegislador, vosotros tenéis formado vuestro juicio, y no he de entretener al Congreso indicando las condiciones de cada uno de mis compañeros, cuando tengo que decir algo acerca de nuestro programa.

Voy á exponer concretamente, pero examinando uno á uno los departamentos, cuál es nuestro pensamiento para la gobernación del país, porque creo que en la situación en que nos encontramos, porque creo que en los momentos actuales es necesario que la España sepa lo que piensa el gobierno, lo que ella puede esperar, y lo

que piensan y puede esperar de cada uno de los otros partidos, ora se pongan al lado del gobierno, ó ora se coloquen en frente.

Creo, señores, que necesito decir muy pocas palabras respecto al ministerio de Estado: conservar las relaciones de amistad con todas las naciones, poniendo para ello cuantos medios estén á nuestro alcance, y estrechar aun mas, si es posible, las que hoy tenemos con Portugal, cosa es que está en el ánimo de todos; lo mismo de los señores diputados que del gobierno.

El gobierno, pues, está dispuesto, ayudando á los hombres ilustres de España y á los hombres pensadores de Portugal, á que los dos países, respetando su mutua independencia, vivan, no como hasta aquí, siquiera desde la revolución hayan mejorado sus relaciones, de mutuas desconfianzas y mutuos recelos, sino ayudándose, sin comprendiendo sus mutuos intereses y teniendo en cuenta que su historia, sus tradiciones, y su situación en Europa, les impulsan, sin prescindir de su autonomía, á vivir como dos pueblos hermanos.

Y lo que digo de Portugal, digo de las repúblicas americanas, aunque por distinto motivo. Nosotros debemos aspirar, y esto lo hemos deseado hasta ahora tal vez por nuestras vicisitudes políticas, á estrechar nuestras relaciones con aquellos países; porque quizá de este modo adquirieran ellos una fuerza que hoy no tienen, y como gamos nosotros una consideración en Europa, superior á la que en estos momentos tenemos.

Respecto de los ministerios de Guerra y Marina, no tengo nada que decir al Congreso.

El ejército y la armada, durante los tres años difíciles por que hemos pasado, han dado grandes pruebas de amor á la libertad, y en cuantas ocasiones ha sido necesario han sabido defender con decisión lo que la libertad y la revolución han creado en este país; y yo espero que cualesquiera que sean las circunstancias por que pasemos, cualquiera que sea la situación en que se encuentre el país, el ejército y la marina, de la misma manera que han respondido hasta hoy en momentos difíciles al sentimiento de la patria y de la libertad, responderán en lo sucesivo.

Tampoco he de distraer al Congreso con lo que puede hacerse en el ministerio de Fomento. Yo, que he tenido la honra de estar dos veces en él desde la revolución hasta hoy, no veo que puedan seguirse mas que dos caminos: ó suprimirle, ó ver en él la Hacienda del porvenir. Es indispensable, y el gobierno procurará traer los oportunos proyectos, la reforma de la ley de aguas, la de colonias agrícolas, y muy especialmente la de instrucción pública, para poner en armonía esta preciosa conquista de la revolución, la libertad de enseñanza y los establecimientos libres, con los establecimientos oficiales.

Paso, señores, al ministerio de Ultramar; y acerca la cuestión de Ultramar, ni este gobierno, ni ninguno de los que sienten en este banco, puede tener mas que una política: la que allí dice el ejército, lo que allí dicen los voluntarios, lo que allí dicen los buenos españoles, esto es lo que aquí tiene que decir el gobierno, y con el de los españoles todos: ¡Viva España! (Bien, bien.)

Mientras dure la insurrección de Cuba, mientras haya un solo rebelde que grite ¡muera España! el gobierno no los soldados que allí luchan, nuestras familias, nuestros amigos, todos los españoles gritarán aquí ¡viva España!; y sus bienes, y su sangre, y todo cuanto son, y todo cuanto tienen, lo mandarán allí para defender su honra y la integridad del territorio. (Aplausos.)

En cuanto al ministerio de Gracia y Justicia dije que habría de completar la legislación y establecer la inamovilidad judicial, así como establecer el jurado.

Sobre otra cuestión de ese ministerio, la del clero, debía decir que no quería estar en oposición con él ni mal con la corte romana; antes bien, procuraría armonizar la Iglesia y el Estado, pero respetando las conquistas de la revolución traducidas en leyes y castigando el presupuesto del clero, al par que secularizando los cementerios.

En cuanto á la cuestión de Hacienda, declaraba que se llegaría á la nivelación de presupuestos, sean las que sean las cargas y los sacrificios que hayan de hacerse, y por mas que deban tocarse derechos adquiridos.

En este punto se suspendió la sesión por algunos minutos, porque pidió descansar el Sr. Ruiz Zorrilla.

Vuelta á reanudar la sesión, el señor presidente del Consejo terminó su discurso, declarando que en Gobernación quería orden, orden y orden, para lo cual hacía falta la reforma de los tribunales y una buena policía.

Quería el gobierno el sistema represivo y el respeto á la Constitución, por mas que si no estando abiertas las Cortes ocurra algún suceso gravísimo que atentase á lo fundamental, el gobierno acudiría á medidas extraordinarias, dando luego cuenta á las Cámaras.

Desaba que la administración se apartase de la política; por cuya razón el gobierno respetaría á todos los empleados probos, dignos é ilustrados, sin que sus opiniones fuesen obstáculo al adelanto en las carreras, mientras no las manifestasen públicamente con el ánimo de dañar al gobierno.

Por último, declaró que él sostenía cuanto dije á bordo de la *Villa de Madrid*, y estaba dispuesto á verificarlo, así como á respetar el título 1.º de la Constitución y el 33, porque el lema del gobierno era el de justicia, moralidad y orden.

El Sr. Zorrilla fué aplaudido en diferentes períodos de su discurso, que la Cámara y las tribunas oyeron con simpatías.

El señor duque de la TORRE: Señores diputados: solo la costumbre establecida en casos semejantes puede hacerme tomar la palabra en este momento. Yo no creo preciso decir lo que ha ocurrido en esta crisis pasada, porque todos los señores diputados lo conocen perfectamente; todo ha pasado á la luz del día, todo ha pasado en la claridad y franqueza mas completa, todos se han enterado perfectamente, y no puedo decir una sola palabra que no conozcan todos los señores diputados.

Yo no voy á entrar en materia respecto al programa del señor presidente del Consejo de ministros; yo deseo que sus esperanzas se realicen y que entremos en una nueva era de prosperidad y bienestar, y se logren todos los nobles fines y nobles aspiraciones de S. S. El ministerio seguía su marcha regular después de la crisis que hubo cuando se votó el discurso de la Corona, y cuando el 15 de este mes el actual presidente del Consejo de ministros dijo que formaba la crisis, le siguió el Sr. Martos y también el Sr. Beranger. En esta situación, yo me permití preguntar si la crisis era del momento, ó si esperaríamos, para cumplir bien con los que vinieran, á que estuviera legalizada la situación económica, y los ministros dimisionarios dijeron que desahucaban que se votaran los recursos, y la cuestión quedó aplazada hasta que llegara este caso.

Una vez llegado, nos reunimos á tratar el asunto, y todos acordamos que faltando cuatro ministros, porque el de Hacienda se había retirado días anteriores, la crisis era total. Lo pusimos en conocimiento de S. M. Su Majestad, después de oírnos, tuvo por conveniente oír á los presidentes de los cuerpos colegisladores y á otras personas. Nos llamó al día siguiente, y tuvo la bondad de encargarnos la formación de un nuevo ministerio. Yo puse en las reales manos un plan de gobierno; insistí Su Majestad en el encargo de que yo formara ministerio, mi primer paso fué intentar la conciliación, por lo que es indudable que hasta entonces no habíamos tenido ninguna cuestión grave en la que no nos entendieramos; nos en la única cuestión concreta que se trató, que fué la de la isla de Cuba, estuvimos todos perfectamente conformes con el señor Ayala, ministro entonces

de Ultramar; pero surgió de pronto la cuestión de que era preciso deslindar los campos, separarlos; y como sucede generalmente en estos casos, hubo diversas opiniones: yo y algunos otros compañeros opinamos por continuar la conciliación: los señores que se separaron querían el deslinde de los campos, aunque se quedara en buenas y amistosas relaciones.

Intenté volver á formar un ministerio de conciliación, porque yo entendía que lo importante era crear gobierno y no preocuparse hasta de crear una oposición mas; y habiéndose negado los señores demócratas me propuse formarle con los progresistas y los antiguos unionistas que se habían dado en llamarnos conservadores, de la misma manera que se los podía llamar progresistas ó demócratas, porque la verdad de las cosas es que Argüelles, Calatrava y todos aquellos insignes varones del principio de la formación del partido progresista, nunca avanzaron en sus ideas hasta donde hemos llegado nosotros, los que somos llamados conservadores: jamás soñaron en ir tan lejos como nosotros: por lo tanto, bautizados con el nombre que queráis, yo lo dejo á vuestra elección: somos muy liberales, respetamos la Constitución, la hemos votado, la hemos hecho, y somos demócratas, ó somos progresistas en el sentido que lo eran aquellos insignes varones: esto es de una evidencia tan clara, que no me detengo y paso adelante.

Cuando los demócratas no tuvieron á bien acompañarnos, intenté formar un ministerio progresista-unionista, y entonces conté con los señores que estaban de acuerdo conmigo, que eran los Sres. Ulla, Ayala y Sagasta, á quien hablé por primera vez aquel día del asunto; porque yo he procurado siempre tratar á mis compañeros con gran dignidad; las cuestiones las he llevado siempre de frente, y nunca por medio de pequeñas intrigas. El Sr. Sagasta se prestó á acompañarme en la formación del ministerio de conciliación: le hablé al Sr. Malcampo, y el Sr. Malcampo se prestó también: me atreví á hablar al señor Topete: no tenía ni la mas remota esperanza de que accediera á mis ruegos, y después de muchas instancias tuvo por conveniente presentarse también; y yo decía cuando se armó aquel tumulto, y cuando se empezó hablar de ese ministerio en ciernes, y cuando se decía que era reaccionario y que iba á acabar con la libertad, que era enemigo de la revolución, que era antidemocrático; decía yo: ¿dónde está el orador eloquente, el eminente hombre de Estado, el amigo inseparable del general Prim, aquel que nunca le dió un disgusto, aquel de quien el general Prim hacia un elogio por encima de todos; dónde está Sagasta, en la reacción? En seguida volvía á mi querido amigo el señor Topete, y decía: el héroe de Cadix, ¿está en la reacción? Y volvía á Malcampo, ese carácter inflexible, ese hombre intachable, ese hombre que puede ser uno de los varones de Plutarco, y decía: ¿también Malcampo puede ser reaccionario? ¿y yo, que he hecho de la espalda de Alcazar? ¿y qué ha hecho Ayala, el conspirador tenaz, el conspirador inflexible, el conspirador inmutable, sereno como una roca en medio del Océano, sin miedo á nadie; el caballero por excelencia, lo dice su cara, lo dice su aspecto; el hombre noble y esforzado que fué á buscarnos en un pequeño barco, que desafió todo género de peligros y que pasó por todo género de dificultades para llegar á nosotros?

Y nosotros, generales que allí estábamos, los que vinimos á Cadix, los que desahucamos nuestra espada, los que tuvimos la suerte de rechazar á mi noble amigo el marqués de Novaliches, que con doble fuerza no pudo atravesar el puente, entonces famoso y antes también: yo, que he sido presidente del gobierno provisional; yo, que he sido presidente del poder ejecutivo; yo, que he sido regente del reino por la voluntad de las Cortes Constituyentes; yo, que después del día de aquella gran desgracia, de aquella gran catástrofe; después del día en que fué asesinado el general Prim, llamé al Sr. Topete y le rogué á este hombre de un carácter extraordinario que se prestase á desempeñar interinamente la presidencia del consejo de ministros y á traer al rey elegido por las Cortes Constituyentes; yo sé perfectamente lo que vale el Sr. Topete, y que es uno de los héroes mas insignes que registra la historia. En aquellas circunstancias tan críticas le ofrecí la presidencia del Consejo para que fuese á buscar al rey; todo el mundo sabe las complicaciones que se tenía podían surgir en España con motivo del asesinato del general Prim y de la venida del rey, y sin embargo, el Sr. Topete aceptó aquel puesto de peligro y trajo á S. M.: eso prueba su gran nobleza, su gran esfuerzo y su heroísmo.

Pues bien; llegado el rey á Madrid, todos los hombres políticos á quienes consulté le dijeron que debía formar ministerio el que había sido regente del reino hasta su llegada, ¿y qué hizo el ex-regente? ¿Se hizo de rogar? ¿Espuso algo que desde el cargo de regente del reino hasta el de presidente del consejo de ministros el salto era un salto mortal? (Risas). No; y digo, señores, un salto mortal, porque me espionó á lo que me he espuesto ahora; pero como tengo la conciencia tranquila, estoy perfectamente sereno, y esos agravios no me causan la mortificación que me quieren imponer, y esas indignidades que se hacen conmigo me enaltecen, y me ensorberían si yo fuera capaz de soberbia, porque me hacen prescindir de mi modestia y me hacen pensar en que realmente debo valer algo: esas ofensas que se me dirigen no pueden venir mas que de los hombres mas ingratos, de los mas injustos y de los mas funestos para la patria, á quien hasta ahora pocos servicios han prestado.

Entonces sin vacilar formé ministerio: ¿y qué hice? Pedí á los partidos los ministros que me quisieron dar. ¿Impuse yo alguno? Para mí todos los españoles honrados, y lo son todos los que me escuchan, son perfectamente iguales, can tal que tengan aptitud para ser ministros. ¿Puede un ministerio formar yo? A excepción del presidente, uno de los ministros mas altos, uno de los ministros mas importantes, uno de los ministros que mejor podían resistir la lucha y los combates que quedaban presentarse en el Parlamento y fuera del Parlamento. Esto es evidente; aquí algunos de mis compañeros han sostenido tremendas luchas, porque los adversarios son formidables: lo son los republicanos, lo son los carlistas, lo son los moderados: en todos esos partidos hay elocuentes oradores, como los hay también en otras fracciones ó disidencias que existen en esta Cámara.

Sin embargo, el gobierno, gracias al esfuerzo de estos aliados, se ha mantenido á su altura y ha sabido ser gobierno.

Con estos antecedentes quise yo constituir el gabinete; y cuando ya tenía el ministerio formado, el señor Sagasta se presentó antes de ayer, citado por mí, en el consejo; yo le habia ido á ver por la mañana, porque estaba enfermo, y el noble Sr. Sagasta se presentó en una situación de ánimo que no puedo explicar aquí, porque temería mortificarle, y renuncié á hacer su defensa si para ello he de mortificar en lo mas mínimo á un amigo tan querido.

Entonces fui á Palacio y dije al jefe del Estado: «Señor, yo no puedo formar ministerio, porque ministerio de conciliación significa conciliar á los partidos, y no sé que sea un ministerio de conciliación traer al ministerio á tres ó cuatro progresistas sacrificados por de pronto, aunque después los siguiera la mayoría. Sería un ministerio de conciliación si trajese desde luego á ese partido, sino en su totalidad, en su casi totalidad ó en su gran mayoría; y como eso no sucede, no puedo formar ministerio de conciliación: y yo tengo dicho repetidas veces á S. M. que en ningún tiempo, ó al menos por ahora, ni en mucho tiempo, yo no puedo formar un ministerio conservador.

Por ahí se ha dicho que yo he intentado formar un ministerio de esos que llaman conservadores: pues esto no es verdad, y no lo formé, porque no quiero procurar conflicto alguno á mi patria: porque he atravesado esta crisis en medio del día, diciendo á todo el mundo lo que pasaba y deseando dar ejemplo á todo el mundo de una vez sinceramente en las prácticas parlamentarias. Yo bien sé que se ha dicho que yo he perdido tiempo: me alegro; yo quiero hacer las cosas despacio, con tal que me salga bien, y salga bien á la patria. A mí no me importa nada de todo ese rebullicio que se ha formado con motivo de la crisis; eso pasa, y no queda luego mas que la verdad. A mí lo que me importaba era dar una prueba solemne de constitucionalismo sincero, y la he dado: no niego que otros la hayan dado también, pero hay pocos ejemplos de esa conducta.

En tal situación se me consultó ¿qué era lo que debía hacerse, y dije que el Presidente de esta Cámara era un progresista muy distinguido, era el que había bautizado, me parece, con ese nombre á su partido, y era el que, por razón del elevado cargo que desempeña, debía formar ministerio. Me preguntó entonces S. M. si yo creía que lo formaría, y le contesté que no; que tenía la seguridad de que lo no lo formaría; que tenía la convicción de que el Sr. Olózaga, por sus achaques y por sus dolencias, estaba decidido á no formar ministerio, porque creía que semejante carga era superior á sus fuerzas físicas, no superior á su patriotismo, no superior á su lealtad, no superior á su decisión; porque no tiene salud bastante para resistir el embate que sufre todo hombre que forma gobierno.

Pues qué, ¿creéis por ventura que yo ni por un momento tengo mas que compasión á los que se sientan ahora en ese banco? (Señalando al ministerio). Dentro de quince días han de hacer lagras las espaldas de ese banco; y si no, cuando se vuelvan á reunir las Cortes, ya veremos lo que dicen los que ahora se sientan en él; y eso viniendo con fines honestos, como yo creo vendrán esos señores.

Los señores Presidentes de las Cámaras volvieron á ser llamados, y ambos se mantuvieron firmes en su opinión de que debía conservarse la conciliación, y en su consecuencia volví yo á ser llamado. Entonces dije á Su Majestad: «Si ha de haber ministerio, es menester que lo forme el Sr. Ruiz Zorrilla; digame, pues, V. M. llamarle, y que lo forme como tenga por conveniente.» En su virtud fué llamado al palacio el Sr. Ruiz Zorrilla y recibió el encargo de formar ministerio.

Esta es la relación que tenía que hacer á los señores diputados: tengo la seguridad de no haber dicho á nadie cosa alguna que no fuera conocida absolutamente de todos, porque á cuantos se han acercado les he enterado del curso que llevaba la crisis, entre otras cosas por ver si podía evitarme este mal rato.

Pues bien, señores, para concluir, yo diré que sé todos los deberes que me impone esta situación, que sé todos los deberes que tengo para con la patria y para con el rey, y ¡vive Dios! que ó me ha de faltar la existencia, ó los he de cumplir como bueno.

El Sr. SAGASTA (D. Práxedes Mateo): Aquí se levanta, señores diputados, un arrepentido, según algunos desdichados ó malignos; un arrepentido, cuyo delito consiste en haber sido partidario de la conciliación quince días mas que todos los hombres políticos que contribuyeron á la revolución, puesto que todos han estado por la conciliación durante tres años, y yo he sido partidario de ella tres años y quince días. Esto solo ha bastado para que algunos que se dicen radicales, y no sé lo que son, hayan creído que yo necesitaba dar explicaciones á fin de buscar una absolución á que jamás he aspirado. ¡Absolución por haber pensado que sin la buena fe, que sin la concordia y armonía de los elementos liberales era imposible consolidar la revolución! Esa absolución, ni la quiero, ni la necesito.

Hace poco tiempo empezó á agitarse en los ánimos la idea de si convenia continuar con la conciliación, ó romperla. No había habido en realidad una cuestión concreta que pudiera ocasionar una disidencia en el seno del gabinete, hasta que llegó á él aquella cuestión preparada y agitada fuera, y ya se comprende que desde el momento en unos ministros comenzaron á opinar por que continuara la conciliación, y otros por que se rompiera, había de venir una disidencia que impidiera marchar adelante al gobierno. Se dió cuenta de esto á S. M., cada ministro espuso las razones que creyó convenientes, y el rey se dignó admitir al ministerio la dimisión. Consultó á los presidentes de las Cámaras y á varios hombres políticos; y ninguna, absolutamente ninguna de las personas que le aconsejaron, indicó la conveniencia de romper la conciliación.

A mí se dignó también consultarme, y le dije que creía peligrosa una política exclusiva, y que era á mi entender indispensable seguir una política de conciliación, bien con los tres elementos, si esto era posible, ó bien con dos de ellos; ó bien con un ministerio homogéneo en último término.

El señor duque de la Torre fué encargado entonces de formar un ministerio, y me indicó que contaba conmigo; yo le contesté que no podía menos de contribuir á la realización del consejo que había dado á S. M. La unión liberal, por su parte, había aconsejado al señor duque de la Torre que continuara en el ministerio los dignos representantes que tenía aquella fección, y entonces el general Serrano y los Sres. Ulla y Ayala, con una nobleza que no olvidaré nunca, me dijeron: «lo primero que se necesita para que un ministerio marche, es la confianza de los partidos que le han de ayudar; forme Vd. el ministerio como quiera; si están las carteras.» Supé después, porque así lo manifesté el duque de la Torre, que no se podía contar con la fracción democrática para que formara parte del ministerio, y aunque juzgué que esto era una contrariedad, dije: «los demócratas tienen bastante patriotismo para apoyar á personas que les inspiren confianza, por mas que ellos no estén representados en el gabinete.»

En vista de esto, yo creí que el partido progresista debía tener tal representación en el ministerio, que á nadie cupiera duda de que queríamos seguir una política revolucionaria, no una política de exclusivismo; pero hay mas: después de ofrecernos todas las carteras excepto tres, me dijo el duque de la Torre: si tiene Vd. un general para el ministerio de la Guerra, que venga á ocuparlo, que lo que yo quiero es que el gabinete tenga el apoyo de todos los partidos interesados en la revolución; y si esto no basta para inspirar confianza á los radicales (y ya estoy cansado de oír la palabra «radical», porque no sé lo que significa); y si Vd. cree que mi nombre puede ser un estorbo, sea Vd. el presidente de este ministerio, y yo seré capitán general de Madrid ó de cualquiera otro distrito, ó director de un arma, lo que usted quiera.

Pensamos con efecto en un dignísimo general progresista, y también se nos ocurrió casi á un tiempo á todos que el Sr. Topete debía formar parte del ministerio, por mas que por motivos de salud y por circunstancias personales estuviera imposibilitado para ello; y el Sr. Topete, al saber el levantado pensamiento que nos guiaba, y respondiendo como responde siempre á la voz del patriotismo, después de vencer algunas repugnancias no políticas, nos dijo: «¿Cuántos Vds. conmigo.» Pensé después en el Sr. Malcampo, en el comandante de la *Zaragoza*, buque almirante de la escuadra que hizo posible é invencible la revolución; en el amigo, en fin, del general Prim, en el depositario de sus mas secretos pensamientos políticos. El Sr. Malcampo, al ver al Sr. Topete y al ver en mí uno de los mas leales amigos del general Prim, se decidió á entrar en el ministerio; y lo mismo hizo mi antiguo amigo el Sr. Candau, á pesar de su an-

4

guía y constante resistencia a aceptar posiciones oficiales. Pensando estábamos en la persona que había de ocupar el ministerio de Hacienda, cuando llegó a mi noticia que la fracción democrática se preparaba a negar su apoyo al ministerio, y que una parte del partido progresista veía con recelo su formación. Me entró de lo que había; supe que esto era cierto, y dije al duque de la Torre: yo me he prestado a contribuir a la formación de este ministerio, en la idea de que iba a ser de conciliación; y yo que no va a ser sino de lucha, y como esos no son los propósitos del rey, ni tampoco mis deseos, dígame Vd. a S. M. el estado en que nos encontramos.

El rey supo con extrañeza esta noticia, porque afortunadamente para los españoles, el rey no acierta a comprender que cuando todos le aconsejan una cosa, no ayudan todos a la realización de la misma que aconsejan: insistió el rey en que el duque de la Torre formara el ministerio, pero debió preocuparle mucho la manifestación del general Serrano, puesto que a las de la madrugada mandó buscar a los presidentes de las Cámaras, los cuales insistieron en el consejo que antes le habían dado. El general Serrano nos volvió a convocar: yo estaba enfermo en cama, supe por mis amigos las impresiones de los demás, abandoné el lecho y manifesté al señor duque de la Torre y demás compañeros la triste situación en que yo estaba colocado; que no haya nada que abata más a un hombre honrado y leal que la injusticia y la ingratitude de sus amigos.

Yo, que si no estoy dispuesto a dirigir a mi partido cuando no va por buen camino, no lo estoy tampoco a abandonarle ni aun en sus extravíos, dije: si ha llegado la hora de la ruptura para mi partido, ha llegado para mí.

El duque de la Torre y demás compañeros manifestaron que ellos no querían un gabinete conservador en sentido reaccionario, porque no trataban de reformar la Constitución en poco ni en mucho, y que si yo insistía en no formar parte del gobierno, ellos no podían aceptar un puesto en el gabinete. Yo encargué al general Serrano que le dijera al rey la verdad de lo ocurrido, añadiendo que desearía no se acordara de mí para un ministerio homogéneo, porque me cuesta trabajo resistir a los deseos de un monarca tan constitucional.

Quedo resuelta la crisis de la manera que todos los señores diputados saben, y recibí encargo de formar gabinete mi querido amigo el Sr. Ruiz Zorrilla, el cual tuvo gran interés en que yo entrara en el ministerio; y antes que el Sr. Ruiz Zorrilla, varias comisiones de mi partido vinieron a darme una amplia satisfacción y a pedirme que formara parte de aquel gabinete. Costóme gran trabajo no acceder a las súplicas que se me hacían en nombre de mi partido; pero tenía para ello dos razones: una política, que consistía en la creencia que yo tenía de que hoy no hay ministerio que hiciese política exclusiva, no podía llevar a puerto de salvación la nave del Estado; y si bien debía yo ayudar y seguir a mi partido, a mi partido no le podía dirigir por este camino.

La segunda razón era personal. Habiendo sido yo el que acababa de disolver una combinación ministerial en la cual había tenido una gran acogida, a causa de la actitud tomada por algunos hombres de mi partido y por todo el partido democrático, el haber formado yo parte de este ministerio después, hubiera parecido a la opinión un acto indigno; y yo, que estoy dispuesto a hacer por mi partido toda clase de sacrificios, no estoy dispuesto a hacerle el sacrificio de mi honra; no solo por mí, sino por la influencia que en la consideración de los mismos partidos ejerce la consideración de que se hacen dignos hombres por parte de los adversarios.

Por eso no he formado parte de este gobierno: que de otra manera, yo hubiera cumplido con lo que creo ineludible del deber en los hombres públicos, de alcanzar y conservar el poder cuando su partido tiene medios legítimos y dignos para alcanzarlo y retenerlo. Si mi partido ha venido al poder prematuramente, como yo creo, tanto mayores serán los esfuerzos que yo tenga que hacer para sostenerlo: no seré general; seré capitán, seré, si queréis, soldado, y como soldado leal, pediré siempre a los hombres que le dirigen, el primer puesto en la vanguardia.

Yo continúo creyendo que hubiéramos podido constituir una situación de conciliación, fuerte y robusta, que hubiera contado con el apoyo de todos los elementos revolucionarios: no se ha hecho así; yo, sin embargo, no doy por rota la conciliación; el ministerio ha dicho que hará la política del antiguo partido progresista, y como esa es una política de conciliación, yo creo que todas las fracciones revolucionarias están en el deber de apoyar la política de este ministerio, tan interesado en salvar la revolución de Setiembre, que no puede menos de ser amante de la libertad y del orden.

No le pongamos, pues, obstáculos sistemáticos; ayudémosle todos los intereses en la revolución, y el gobierno, llámese como se quiera, realizará la aspiración de esta misma revolución.

El señor duque de la Torre. Señor presidente, voy a decir muy pocas palabras en causa propia. El Sr. Sagasta, mi amigo, ha hecho aquí una manifestación de lo que es en S. S. el sentimiento del deber; y yo debo decir que me levanto a desmentir a los que han supuesto que yo en esta crisis he manifestado constantes deseos de no formar gabinete. Antes de ayer, cuando citó a estos señores a la una, yo tenía el gabinete completamente formado, y estaba dispuesto a decirles que fuéramos a jurar; y el primero que me llamó la atención porque yo no había reparado en ello, sobre la situación de ánimo, en que se encontraba el Sr. Sagasta, fué, con su mirada inteligente y con su conocimiento exacto de los hombres, mi querido amigo el Sr. Ulloa; e te me llamó la atención sobre ese hombre intachable, liberal, que tanto ha trabajado por la revolución, y que se sacrificaba al entrar en el ministerio: me llamó la atención y me dijo: ¿no ve V. la disposición del ánimo en que se encuentra el Sr. Sagasta? Hago esta declaración, porque yo podré o no podré buer ser ministro, pero estaba dispuesto a serlo.

El Sr. TOPETE. No sería sincero si no confesara que deseaba explicar mi conducta en las actuales circunstancias y comentar el programa del ministerio; pero después de los discursos pronunciados por los Sres. Serrano y Sagasta, no quiero venir aquí a ser causa de ningún movimiento extraño a la cuestión: solo diré una cosa por cuenta propia, puesto que solo he estado hasta ahora y solo continúo: el ministerio de que yo estaba dispuesto a formar parte no era un ministerio de golpe de Estado.

¿Han olvidado ya los partidos progresista y democrático la parte que yo he tomado en la primitiva conciliación de los partidos revolucionarios? ¿Han olvidado ya que sin los señores Ruiz Zorrilla y Sagasta no creía yo posible un gobierno, y así se lo dije terminantemente al general Prim? Pero ¿qué hacer política retrospectiva? De no haberse formado el ministerio Serrano-Sagasta, tal vez naciera lo que debe nacer, que es la fusión, no la conciliación de los partidos.

Pero entretanto que este caso no llega, el Sr. Sagasta es muy dueo de seguir a su partido como soldado, ya que no le pueda servir como general; yo por mi declaro que no seguiré a esta situación, porque no tengo confianza en los generales: entre el Sr. Ruiz Zorrilla y el señor Sagasta, estoy por el Sr. Sagasta; entre el señor Malcampo y el Sr. Beranger, estoy por el Sr. Malcampo.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS. No me ofende que el Sr. Topete tenga más confianza en el Sr. Sagasta que en mí: S. S. me honrará siempre por poca que sea la confianza que yo le inspire; cualquiera que sea la respectiva situación política en que nos coloquemos, no lo he de olvidar nunca mi vuestro

de la emigración ni la fragata Zaragoza: aun cuando el Sr. Topete me injuriase en público, yo me callaría; cómo he de darme yo por sentido de que S. S. dispense al señor Sagasta su confianza con preferencia a mí? Y digo esto con tanta más libertad, cuanto que el señor Sagasta sabe bien que si no hubiera sido por la convicción profunda que yo tenía de lo necesaria que era la separación, todavía hubiera ido al ministerio Serrano-Sagasta para que los señores Topete y Malcampo, a quienes tanto debo, no se habieran creído desairados por mí.

Ha indicado el señor Sagasta que su único delito era el haber defendido la conciliación quince días más que todos los hombres de los partidos revolucionarios. Yo no he querido entrar antes en esta discusión, porque mi deber era dar cuenta de la organización de nuevo gabinete, indicando tan solo las razones que había habido para romper la conciliación; pero como se pudiera creer, según se convencerán aquí las cuestiones políticas, que yo había roto la conciliación para venir a formar gobierno, necesito dar algunas explicaciones a la Cámara.

Yo no niego que el gabinete de 4 de Enero ha realizado aquí una gran misión; pero negar que en la situación a que habíamos llegado, toda afirmación era imposible; negar que no podíamos ya dar solución a ninguna cuestión concreta, es negar la evidencia. Pero aun así no me atreva yo a pronunciar la última palabra: solo cuando en una de las últimas sesiones que ha celebrado este Cuerpo, vi yo, después de las palabras de un ilustre orador, presidente de una comisión, que no había aquí una mayoría que pudiera sostener a aquel gobierno, fué cuando definitivamente dije que no podía continuar un momento más en el ministerio: está fué la gota de agua que colmó el vaso de mis convicciones.

Y no es que dude yo del patriotismo con que otros han defendido la conciliación procurando formar un ministerio Serrano-Sagasta, no; digo simplemente cuáles eran mis convicciones a la altura a que habíamos llegado.

Voy a rectificar otro error fundamental del Sr. Sagasta, dejando aparte eso de si S. S. se ha de contentar con ser capitan o soldado, dejando a otros la suprema dirección: yo no me tengo por general; cuando se trata de defender ideas y principios, a mí me importa poco el puesto a que se me destina; para mí en política los nombres son lo de menos. Cree el Sr. Sagasta que lo que yo he dicho es que este ministerio venia a defender la política del antiguo partido progresista. Lo que yo he dicho es que este ministerio, compuesto de hombres que militan en el partido progresista, viene a desenvolver la política que siempre tuvo este partido, la política que ha seguido después de la revolución de Setiembre; en una palabra, la política radical.

La cuestión de nombres a mí no me preocupa: podíamos llamarnos radicales, como quiso un ilustre hombre de Estado cuya memoria se ha evocado aquí esta tarde; pero se creyó que con este nombre desaparecerían las antiguas tradiciones, y reunidos los democratas y los progresistas acordaron con toda solemnidad denominarse partido progresista-democrático; la cuestión de nombre, pues, no puede hacer que nos dividamos; ¿estamos todos conformes en la parte fundamental de lo que yo he dicho aquí que es el credo del partido radical? ¿Tenemos una serie de soluciones comunes con que resolver todas las cuestiones? Pues no hay más que un partido radical, sea cualquiera su nombre. ¿Dónde están ya las doctrinas del antiguo partido progresista, después de las últimas Cortes Constituyentes? ¿Podía nadie creer que yo anunciaba aquí la política del partido progresista en las diversas épocas de 1820, 1834 o 1847?

Ruego al señor Sagasta que se haga cargo de estas dos rectificaciones, que considero muy importantes. El Sr. SAGASTA. Yo he entendido que el ministerio era progresista y que se proponía aplicar a la Constitución el criterio progresista; no me he pensado ni dicho que se propusiera hacer la política de 1843 o 1854; y en este sentido decía yo que esta era una política de conciliación, porque no es la política exclusiva de la democracia ni del otro grupo que puede estar al otro lado del partido progresista.

Por lo demás, yo siento que el Sr. Ruiz Zorrilla haya venido en mis palabras alguna alusión personal cuando he dicho que serviría a mi partido como soldado, ya que no puedo servirle como general; yo no he querido con esas palabras decir otra cosa, sino que aun en la situación en que mi partido se ha colocado, cuando la impaciencia de un día puede llevarle a perder el porvenir de un siglo, yo tengo el deber de seguirlo como soldado, y en calidad de tal le pido a quien le dirige, un puesto en la vanguardia para luchar con los enemigos del partido.

Respecto a la ruptura de la conciliación, el Sr. Ruiz Zorrilla recordará lo que yo le decía siempre que de esto habíamos: yo no creo que esto es bueno para mi partido; si antes de tiempo llegara a constituirse un ministerio no conocido, siempre sea exclusivamente progresista, yo no quiero ser ministro; yo me limitaré a ser un progresista decidido, leal y resuelto: este caso ha llegado del lado del ministerio estoy defendiéndole hasta donde mis fuerzas alcancen.

El Sr. TOPETE. El Sr. Ruiz Zorrilla me hará la justicia de creer que no me he referido ni a S. S. ni al señor Beranger, sino políticamente; personalmente nunca he querido decir que S. S. no me inspiraban confianza.

Yo dije que me proponía comentar el programa del ministerio, porque después de todo, aquí no sabemos aún la causa concreta de la crisis; y no me parecía que era cosa de poner al país en conmoción con una crisis, y de llamar traidores y apostatas a respetables hombres públicos, para traer en seguida un programa que es próximamente el nuestro. ¿Es para esto para lo que se ha llamado traidores y apostatas a los que cuatro horas después ya eran dignos de estar a vuestro lado? ¿Es para esto para lo que se hacían las célebres manifestaciones del Retiro, donde se ha inventado la palabra *secreto* aplicada a los hombres públicos?

Yo debo hablar con franqueza, porque la responsabilidad de la revolución de Setiembre sobre mí pesa, y yo he de salvar a la revolución contra toda clase de enemigos, y peso a quien pesa. A mí me ha dolido que refiriéndose al ministerio Serrano-Sagasta se haya dicho aquí por el Sr. Figueras: «ese ministerio que felizmente para la patria no se llegó a formar». Pues qué inspiramos nosotros menos confianza al país liberal y conservador que los señores que se sientan hoy en el banco azul? Estoy cierto de que no.

No hemos ido todos aquí mas lejos de donde queríamos? Pues yo por mi declaro que he ido mas lejos de donde quería, pero estoy dispuesto a sostener lo que he hecho, con la misma energía con que he sacrificado la solución de mi corazón en una noche de nieve y de sangre; con la misma energía con que soy el primer sosten de la monarquía de D. Amadeo I, y que vea en la ilustre infanta doña María Luisa Fernanda una segunda Isabel la Católica.

Y lo mismo le ha sucedido al partido progresista: también ha ido mas lejos de donde quería; tampoco tenía en su credo la libertad de cultos y el sufragio universal, que hoy están consignados en la Constitución y que todos acatamos.

Por consiguiente, aquí todos, progresistas y unionistas, somos conservadores: serán radicales los que aspiren a ir mas allá de la Constitución, y esos deben estar en la oposición haciendo propaganda: esa es la diferencia que hay entre radicales y conservadores.

Por lo tanto, yo soy progresista con el Sr. Sagasta, y unionista con el duque de la Torre; y vosotros, señores ministros, no podéis hacer vuestra fusión con los de allá, porque los de allá no se satisfarán nunca, créame el señor presidente del Consejo.

El Sr. RIVERO. ¿Quiere decirme el Sr. Topete cuáles son esos de mas allá?

El Sr. TOPETE. El periódico *La Constitución*, que la opinión designa como inspirado por S. S., lo dice.

El Sr. RIVERO. Pues yo no vengo aquí a discutir a ningún periódico: mis opiniones constan en la discusión del mensaje (Risas.) ¿Se rien los conservadores? Pues yo también me río de los conservadores.

El Sr. Martos declaró que los demócratas daban todo su apoyo al ministerio, porque venia a realizar la política radical que era común a progresistas y demócratas.

El Sr. Ríos Rosas espuso su creencia de que el programa del señor Zorrilla era impracticable, y anunció al gabinete que tenía el sentimiento de hallarse enfrente de él.

En cuanto a la conciliación verdadera, dijo que acabó el día de San José. Después no la habido sino bastarda, pero así y todo, era grave el destruír, y la responsabilidad de haberla destruído debería arrostrarla el que lo hubiera hecho.

Acordado el que se prorrogase la sesión, rectificaron los Sres. Martos, Ríos y Rosas, declarando el primero que respecto a la cuestión de Ultramar opinaba por la integridad del territorio antes que por las reformas, y que estas se hicieran después que terminara la guerra.

El Sr. ULLOA declaró, a nombre del Sr. Ayala, que el partido conservador sostenía los derechos individuales.

Habló también el Sr. Izquierdo a nombre del partido tradicionalista.

Se leyó una comunicación del gobierno pidiendo que se suspendieran las sesiones.

Combatió por los Sres. Bugallal, Bacosura y Ríos Rosas, fué aprobada, levantándose la sesión. Eran las ocho y media.

SECCION DE NOTICIAS.

Confirmábase ayer que el Sr. Sagasta está firmemente resuelto a no aceptar puesto ninguno oficial.

El Sr. Sanchez Borguella, que tenía extendida la dimisión del cargo que desempeñaba en el ministerio de Hacienda, ha desistido de presentarla en vista del resultado de la crisis.

El general Pieltain ha dejado ya hoy de asistir a la subsecretaría del ministerio de la Guerra.

Ha sido admitida a D. Eduardo Leon y Llerena, jefe del departamento de liquidación de la deuda, la dimisión que ayer indicamos tenía presentada.

El Sr. Sanchez Ruano no ha asistido hoy a la sesión del Congreso. Parece que se encuentra ligeramente indisputo.

No se confirma el nombramiento del Sr. Peris y Valero, para la subsecretaría de Gobernación.

Indicábase, no sabemos con qué fundamento, los siguientes nombramientos:

Para la dirección de la guardia civil, al general don Carlos María Latorre; para las direcciones de Instrucción pública y Rentas estancadas, a los Sres. Picatoste y Rodríguez Pinilla; y para el gobierno civil de Madrid, a D. Francisco Salmerón.

D. Nicasio Bustamante ha sido nombrado abogado fiscal de la audiencia de Valladolid.

Ha sido nombrado contador del tribunal de Cuentas de Filipinas, D. Bernardo Ruiz.

A eso de las cuatro de la madrugada de ayer, fué herido mortalmente un caballero en la plaza de Oriente, sin que pudieran ser detenidos los agresores ni se supiera quienes fueran.

A las dos de la madrugada se promovió ayer una riña en la calle de Toledo, entre tres hombres, resultando dos de ellos heridos de gravedad, que fueron curados en la casa de socorro y trasladados después al hospital.

Algunos de los ayudantes que servían a las órdenes del duque de la Torre como ministro de la Guerra, obtendrán colocación con arreglo a sus grados, continuando a su órdenes dos, uno de ellos el marqués de Ahumada.

El ministro de Hacienda ha empezado por suprimir el trabajo de noche en sus dependencias para economizar los gastos de alumbrado. Las horas de trabajo, sin que se permita a nadie la entrada, serán de ocho a doce. Desde esta hora a las cuatro se darán las audiencias, y se saldrá de la oficina al anochecer.

Parece que se trata de suprimir los coches de los subsecretarios de los ministerios como medida económica.

El 5 de Agosto es el día señalado para dar principio a la entrega de los planes de Balaín al ministerio de Fomento.

Los decretos leídos ayer en el Congreso admitiendo las dimisiones de los ministros consignaban todas la fórmula de «quedando muy satisfecho del celo, lealtad e inteligencia» En el del presidente del Consejo, en vez de la palabra «celo» se fijó la de «caciato». Es lo único que ofrecen de particular esos decretos, en que se ha seguido el método de costumbre.

Hoy aparecerán estos decretos en la *Gaceta*, así como los de nombramiento de los nuevos ministros.

El consuel de España en Marsella participa al ministerio de Estado que, según telegrama de Aden de 20 del actual, el vapor *Pekio*, salido de Marsella el 8 del mismo para China, fué abordado por el vapor inglés *Dionides*, recibiendo fuertes averías, pero sin desgracias personales. Los pasajeros, correspondencia y efectos han sido trasbordados al *Neva* y seguido su viaje.

El próximo viernes, a las 12 de la mañana, tendrá lugar en el patio grande del ministerio de Hacienda la quema de 29 085 bonos del tesoro de la emisión de 28 de Octubre de 1868, amortizados en los sorteos de 30 de Diciembre de 1869 y 27 de igual mes del año próximo pasado.

Ayer estuvieron a visitar al duque de la Torre algunos de los nuevos ministros.

El ministro de Gracia y Justicia, Sr. Montero Ríos, ha señalado las horas de ocho a doce para oficina, y de nueve a once para audiencia.

Dice un periódico adicto a la situación que está

dias han circulado rumores indignos relativos a partes venidos de Italia. No sabemos qué rumores sean esos.

Problemente hoy publicará la *Gaceta* un decreto organizando el resguardo de la isla de Cuba, y el reglamento para la ejecución del mismo.

No es cierto, como anteaer se aseguró en algunos círculos, que D. Juan García Tarres haya presentado su dimisión del cargo de director general de contribuciones.

El gobernador de Barcelona no ha remitido su dimisión, como ayer se aseguraba.

No ha resultado cierta la noticia que se dió ayer sobre la dimisión del Sr. Estevez, gobernador civil de Guadalajara.

A última hora de la tarde del lunes se comunicó oficialmente a provincias y al extranjero la constitución del nuevo gabinete, suscrita por el presidente Sr. Ruiz Zorrilla.

Ayer se presentó al Congreso una proposición de ley para que, con arreglo a los arts. 43 y 71 de la Constitución, se suspendan las sesiones hasta 1.º de Octubre. La firman diputados de varias fracciones.

El ministro de la Guerra recibirá hoy a los generales, brigadieres y jefes del ejército de Castilla la Nueva.

SECCION DE PROVINCIAS

Leemos en el *Diario de Reus*:

«En una fábrica de fósforos de la calle nueva que se ha abierto en el paseo de Semanarios frente la puerta de Euterpe, anteaer tarde tuvo que lamentarse una sensible desgracia, debida, según noticias, a haberse inflamado la pasta fosfórica, recibiendo dos de las operarias varias quemaduras que las han dejado en muy mal estado: fueron trasladadas al Hospital sin esperanzas de vida.

Varios jóvenes cuberos que fueron a prestar auxilio a aquellas dos infelices, recibieron tambien diferentes quemaduras. Sabemos que por órden superior ha tenido que disolverse la charanga del regimiento de Bailén, que con tanto acierto dirigia nuestro apreciable amigo D. Juan Deulofeu.

Se está repartiendo con profusión la demanda que los obligacionistas de Almansa a Valencia han presentado al juzgado del Mercado de la ciudad del Cid, impugnando el convenio presentado por la sociedad de los ferrocarriles de Almansa a Valencia y Tarragona en los autos de quiebra. Los obligacionistas suscitan cuestiones legales de importancia cuya resolución delicada interesa que se haga con suma imparcialidad y levantado criterio tanto para fijar regla de jurisdicción; como por el gran número de intereses legítimos que podrían lastimarse con una decisión precipitada. Creemos que el tribunal mirará el asunto con todo el cuidado que exigen consideraciones tan atendibles.

Segun nos escriben de Tudela, ha comenzado ya la feria que anualmente se celebra en aquella población, con motivo de las fiestas dedicadas a su patrona Santa Ana. Se nota bastante concurrencia; y tanto el ayuntamiento como los particulares han hecho desaparecer todo peligro en los edificios que se hallaban ruinosos, y el triste aspecto que presentaban plazas y calles con los despojos de la última inundación del Queiles.

Nos alegramos sobremanera de que la ciudad navarra se recupere pronto y totalmente de sus grandes pérdidas.

Tomamos del *Diario de Palma* (Mallorca) del 22: «Ayer tarde se estrajo del algebe denominado de Las Coves cerca del ex-oratorio de San Lázaro del camino de Inca, el cadáver de un muchacho, que según noticias habia sido arrojado a dicho algebe por un compañero suyo. La autoridad acudió al lugar del delito y mandó prender al otro muchacho».

SECCION EXTRANJERA

Los periódicos franceses dicen que en las últimas noticias de Argelia han sido muy exagerados los rumores circulares acerca de la insurrección de los Beni-Mensers. No es cierto que hayan sido saqueadas e incendiadas las aldeas de Novi-Zurich; solo algunas granjas aisladas han tenido que sufrir por parte de los rebeldes.

El territorio de Milianah ha sido declarado en estado de sitio.

La columna del general Lallemant ha pasado el Djurjura, dirigiéndose al valle de los Ouled Sahed.

Casi toda la gran Kabilia está ya pacificada, y las tribus pagan contribuciones sin dificultad.

Por otra parte, se anuncia que ha llegado a París Abd-el-Kader con el objeto de prestar sumisión al nuevo gobierno, y se espera que esto influya favorablemente en Argelia.

Mucho puede contribuir a tranquilizar a los árabes la influencia que siempre ha conservado entre ellos el antiguo Emir.

El regimiento a que ha sido destinado el joven duque de Chartres, como capitán de caballería, es el primero de cazadores de Africa, cuya oficialidad se compone casi exclusivamente de individuos de la nobleza. Durante la guerra con Prusia el príncipe servía en clase de jefe de escuadrón, bajo el nombre de «Roberto el Fuerte», denominación que hace mil años justamente llevó su antepasado el duque y marqués de Francia, conde de Anjou, que murió en 870.

Dícese que el gobierno francés ha resuelto conceder la mitad del sueldo a todos los mariscales del imperio emigrados, excepto a Le Beuf.

No se explica la desigualdad de semejante disposición.

Parece que el príncipe de Metternich deja la embajada de Austria en París y se retira a la vida privada, a ruego de la princesa su esposa, a quien repugna volver a la gran ciudad convertida prosaicamente en capital de una república.

Se comprende bien.

El gran duque de Baden no aspira ya siquiera a tener ejército. El que tenía lo ha refundido en el del imperio de la Alemania del Norte.

SECCION OFICIAL.

(Gaceta de ayer.) PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Decreto.

Vengo en admitir la dimisión que de los cargos de secretario del Consejo de ministros y subsecretario ordenador general de pagos de la presidencia del mismo Consejo me ha presentado D. Carlos Navarro y Rodrigo;

quedando muy satisfecho del celo, lealtad e inteligencia con que los ha desempeñado.

Dado en Palacio a veinticuatro de Julio de mil ochocientos setenta y uno.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Decreto.

En atención a las circunstancias que concurren en D. Vicente Lozano, gobernador de la provincia de Lugo, de acuerdo con el Consejo de ministros, con arreglo a lo dispuesto en el artículo 7.º de la ley de 20 de Agosto de 1870, se nombra a D. Víctor Zurita para la servia; entendiéndose este nombramiento en comisión por haber servido cargo de mayor categoría y sueldo.

Dado en Palacio a diez y siete de Julio de mil ochocientos setenta y uno.

— Visto el expediente de indulto promovido a favor de Tiburcio Montero Muñoz, sentenciado por la audiencia de Madrid a 16 meses de prisión correccional en causa sobre lesiones:

Considerando que, según informa el Tribunal sentenciador, el interesado cometió el delito de que se trata en el momento de ser ofendido, estando de capatzen en una obra al frente de varios jornaleros, de quien debía hacerse respetar;

Y teniendo presente lo dispuesto en la ley provisional estableciendo reglas para el ejercicio de la gracia de indulto:

Usando de la facultad que se me concede en el caso 6.º del art. 73 de la Constitución, oído al parecer de la sección de Estado y Gracia y Justicia del Consejo de Estado, y de acuerdo con el Consejo de ministros y el dictamen del Tribunal sentenciador,

Vengo en conceder al referido Tiburcio Montero Muñoz, indulto del resto de la pena de 16 meses de prisión correccional que le fué impuesta por el expresado delito.

Dado en Palacio a diez y nueve de Julio de mil ochocientos setenta y uno.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Decreto.

Vengo en admitir la dimisión que me ha presentado D. Francisco Romero y Robledo del cargo de subsecretario del ministerio de la Gobernación; quedando satisfecho del celo e inteligencia con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio a veinticuatro de Julio de mil ochocientos setenta y uno.

— Vengo en admitir la dimisión que me ha presentado D. Feliciano Perez Zamora del cargo de director general de administración local del ministerio de la Gobernación; quedando satisfecho del celo e inteligencia con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio a veinticuatro de Julio de mil ochocientos setenta y uno.

— Publica además la *Gaceta* una real orden, fecha 3 de Julio, de la que en su artículo 1.º se rebaja el sueldo de 8.000 rs. que señala el art. 53 de la ley orgánica provincial al secretario de la junta de primera enseñanza, dejando subsistente, a la parte del dictamen en que la misma corporación resolvió la supresión del escribiente de la secretaria.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Por real órden de 18 del corriente se ha resuelto que en concepto de tercera disposición transitoria del reglamento se entienda que los individuos que actualmente forman parte del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y museos, pueden ascender por concurso en categoría, aunque carezcan de los títulos que el art. 47 exige, con tal de que posean otro título académico.

ADVERTENCIA.

La circunstancia de no haber recibido el *Estrato* oficial de las sesiones de ayer hasta las ocho y media de la mañana, nos obliga a repartir el número mas tarde de que a la hora de costumbre. Rogamos a nuestros suscritores nos dispensen este retraso involuntario.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santo del día.

Santa Ana, madre de Nuestra Señora. — CULITOS. — Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de Comendadoras de Santiago. — Visita de la Corte de María. — Nuestra Señora de Buen Parto en San Luis ó en San Sebastian, ó la de la Esperanza en Santiago ó en Loreto.

ESPECTACULOS.

TEATRO Y CIRCO DE MADRID. — A las ocho y tres cuartos. — Función 82.ª de abono. — Turno 1.º par. — Campanones.

JARDINES DEL BUEN RETIRO. — A las ocho y media. — Concierto dirigido por Bottesini.

— Entrada, 8 rs. — CARIDADES. — A las nueve de la noche. — Gran función de soñre fantástica y artística de la profesora y prestidigitadora Mlle. Benita Anguinet. — Cuadros disolventes.

CIRCO DE PRICE (paseo de Recoletos). — A las nueve de la noche. — Grande y variada función de ejercicios equestres y gimnásticos.

La temperatura máxima de anteaer fué de 31.º a las 3 de la tarde, y la mínima 15.º a las seis de la mañana.

ANUNCIOS.

Lampistería de María, plazuela de Herradores, número 12. — Gran surtido de baños en buen uso desde cinco a ocho duros, que a tenerlos alquilados una temporada, salen de balde. — Idem nuevos desde ocho a cuatro, tambien se alquilan